

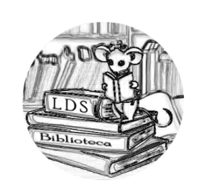


JUDY CON ESQUIS EN LOS DIAMANTES

Decididamente, no tengo arreglo.

Había hecho los más decididos propósitos de cambiar de vida, pero estaba claro que tampoco ahora iban a durarme mucho.

Como en todas las ocasiones anteriores, por supuesto. No puedo decir que fuera la primera vez que decidía convertirme en un bicho sedentario, gozar de la tranquilidad, todo eso. Así que, en el fondo, sabía ya que no podía funcionar.



Indiana James

Judy con esquis en los diamantes

Bolsilibros - Indiana James - 23

ePub r1.0
Lds 03.05.18

Título original: *Judy con esquis en los diamantes*
Indiana James, 1986
Cubierta: Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



GRANDES



AVENTURAS

CAPÍTULO PRIMERO

Decididamente, no tengo arreglo.

Había hecho los más decididos propósitos de cambiar de vida, pero estaba claro que tampoco ahora iban a durarme mucho.

Como en todas las ocasiones anteriores, por supuesto. No puedo decir que fuera la primera vez que decidía convertirme en un bicho sedentario, gozar de la tranquilidad, todo eso. Así que, en el fondo, sabía ya que no podía funcionar.

Acababa de terminar con mi más molesta pesadilla, a la que ya les he presentado en otras varias ocasiones: la organización llamada ELECTRA. Y no tenía la más remota intención de permitir que nada ni nadie me recordara ni por equivocación que esa monstruosidad había existido alguna vez ni que nada con ese nombre hubiera rodado por el mundo.

Tenía, además, una ocupación lo suficientemente atractiva como para llenar los ocios (y engrosar la cuenta bancaria) de un ciudadano cualquiera durante toda su existencia. Un oficio capaz de ilusionar a cualquier adolescente soñador. Yo podía pasarme el resto de mi vida encontrando emociones fuertes en la tarea de pescador de perlas en aquel modesto pueblecito japonés (si es que en Japón aún queda de eso…), lo que además me permitía tener unos ingresos más que suficientes como para pagarme algunos… digámosle vicios. El vicio de vivir, el primero. Tenía asegurada la compra de cuantas perlas consiguiera arrancarle al océano, fuera cual fuese su calidad, que unas equilibraban a otras. La casita que una encantadora dama, toda ceremonias y sonrisas, me había alquilado era más que suficiente para un nómada como yo. Tenía a mi alcance todo lo que un hombre necesita para ser feliz, para descansar. Y además, me lo había ganado a pulso. El mundo no

sabría nunca de lo que se acababa de librar gracias a mí, una vez desaparecida… más vale ni nombrar a esa «cosa».

Pero, decididamente, no tengo arreglo.

Y los problemas llegaron, como es natural, por donde tenían que llegar. ¿No se imaginan?

La cosa fue así: yo estaba buceando tranquilamente, con un magnífico equipo que había logrado adquirir con el rendimiento de las anteriores capturas de perlas. Ahora disponía de material de buceo bastante decentito, un «Scuba», para ser exactos. Y además, de un modelo bastante al día, que funcionaba de primera. El equipo incluía una boya de seguridad, como está mandado, para señalizar dónde está uno sumergiéndose. La boya lleva una bolsa que permanece bajo el agua, en la que uno va dejando las capturas y los demás trastos. Ya saben, como siempre.

Bueno, pues cuando salía yo a la superficie en una de las inmersiones, como a dos metros de la boya, bastante cansado, justo al quitarme las gafas de buceo me encuentro con la proa de una lancha que viene directa, directa hacia mí. Enfilándome con su mismísima proa.

Menos mal que uno tiene las reacciones rápidas, que es lo que, modestia aparte, permite conservar el pellejo.

Tuve tiempo sólo de tomar aire, olvidar las gafas que llevaba en la mano, e intentar sumergirme, a la vez que oponía a la amenazadora mole que se me venía encima lo más contundente que tenía sobre mi cuerpo: la maravillosa bombona de aire comprimido, el pulmón metálico del equipo. Así que recibí el impacto en ella, pobre «Scuba» tan útil. Sólo conseguí disminuir la fuerza al haber ya empezado a sumergirme, pero aun así fue un choque de los que hacen época.

Ésa fue la muerte de mi equipo, aunque yo salí del paso con sólo un buen golpe. Conseguí evitar lo peor: la hélice del motor fuera-borda de la lancha, que pasó sin tocarme.

La lancha en sí no salió tan bien librada. La fibra de vidrio es un material que hace muy bonito para el casco, pero que no aguanta el impacto con una bombona de acero construida para contener aire a considerable presión.

El agujero producido por el choque le permitió seguir unos metros más allá solamente. Cuando conseguí restablecerme tras el

golpe y salir a flote, la que no flotaba ya era la embarcación agresora. Se hundía como si fuera una roca. Y entre el remolino que la lancha hacía al hundirse, una persona agitaba los brazos desesperadamente: quienquiera que fuese el culpable, debía haber quedado enganchado en la barca, y se hundía con ella.

Como no tengo arreglo, ya digo, tras desembarazarme de mi pobre «Scuba», que de poco iba a servirme ya, nadé como un descosido hacia allá, quitándome el cinturón de plomos cuando vi que me estorbaba para avanzar rápidamente. Las aletas de los pies no, ésa era la parte del equipo que más me ayudaba.

Una brazada, otra, otra, a toda mi velocidad. Inútil: la lancha se había hundido antes de alcanzarla.

Pero yo estaba allí para bucear, ¿no? Así que eso hice, y no para pescar perlas ahora.

Con la mayor velocidad de descenso que me permitían las aletas, alcancé la lancha cuando aún no se había hundido demasiado. En efecto, entre el burbujeo y la mancha turbia de la gasolina mezclándose con el agua, pude tocar el casco de la lancha. Giré rápidamente del otro lado. El piloto estaba enredado en unas lonas y llevaba puesto un cinturón de seguridad que no había podido quitarse sino parcialmente, por lo rápido del hundimiento y supongo que por la sorpresa del choque. Menos mal que es obligatorio internacionalmente llevar el cuchillo como parte del equipo de buceo. Yo llevaba el mío en la pierna, y estaba bien afilado. Corté una correa del cinturón, luego otra, y me encontré echándole el brazo por la cintura al causante de todo. Dónde habría aprendido a llevar una lancha aquel tío.

¿Tío? No. El brazo por su cintura me informaba de que no. Un cuerpo medio ahogado es siempre un cuerpo, aunque uno esté demasiado ocupado para darle importancia a eso. Pero aquél no era, desde luego, un cuerpo masculino. No, desde luego que no. Ni mucho menos.

Al llegar a la superficie, lo primero fue respirar: llenarme los pulmones de eso tan delicioso, tan maravilloso, tan incomparable, que llamamos aire, así de fácil. Nada como un poco de privación para valorar la abundancia. Qué maravilla, respirar.

Pero yo llevaba unas semanas dedicado a las ostras y las perlas, y había rozado un cuerpo que me recordó otras privaciones y otras

abundancias. La que emergió a mi lado, medio ahogada, era una mujer de auténtica impresión. No había tiempo para nada, pero el ahogado podía haber sido yo, si no tuviera mi instinto para poner cada cosa en su sitio. No, no lo que están pensando, sino los hechos, las prioridades. Estábamos aún en situación apurada, y lo que se imponía hacer, ante todo, era llegar a mi bote. Así que eso fue lo que hicimos.

No tendré arreglo, desde luego, pero hago las cosas bien. De espaldas, nadando con los pies y una mano mientras con la otra mantenía en superficie la cabeza de la chica, funcioné todo el tiempo como si no hubiera hecho otra cosa en toda mi vida. Desafío al salvavidas más profesional de cualquier playa concurrida. Qué grande eres, Indiana. Total, en aquella circunstancia no había quien me lo pudiera decir, estando la chica como estaba, así que un poco de autoelogio no venía mal.

Fue un largo recorrido, pero terminó. Se portó bien la otra, no era de las que se agarran al cuello de uno diciendo «sálveme» y ahogan al que viene a echar una mano. No, ésta se dejó hacer con calma, supongo que muy ocupada en respirar un poco al estilo de los humanos, y no al de los peces, como había intentado minutos antes.

Terminó el acuático recorrido, digo, y tuve que subirla al bote casi como un peso muerto. Aunque la verdad, si todos los pesos fueran como aquél, yo me hacía cargador de muelle, que diría un castizo.

Pero entonces, cuando pude sentirme a salvo en mi confortable bote de perlífero (lo de confortable, es un decir), quitarme la mitad superior del traje de goma, la capucha de neopreno y los demás trastos; cuando pude descansar y estar seguro de que el mal trago había pasado, lo que tragué fue otra cosa. Porque descansando en el fondo de mi barquita había un cuerpo de mujer como para dejar a todas las perlas del mar del Japón a la altura del cristal de botella. La que daba boqueadas aún, despeinada y chorreante incluso, era una hembra de la especie humana capaz de enturbiarle el cerebro al más empedernido anacoreta, o de convertir en poeta a un financiero de Wall Street, pongo por caso.

Yo había perdido la parte más costosa de mi equipo, por culpa de ella, pero estaba dispuesto a perder la cabeza si abría la boca. Y

a punto estuve cuando lo hizo. Dijo, con una sonrisa impresionante:

—Gracias…

Y ahí se acabó mi carrera de pescador de perlas.

Como ya dije, no tengo arreglo.

CAPÍTULO II

Una semana, siete noches, varios cientos de horas (de esas que suelen designarse como inolvidables) después…

Tras cierto número de adecuados «descensos a las profundidades», buceos sudorosos en algo que no es agua, e inmersiones sin equipo de oxígeno…

Bueno, ya me entienden, ¿verdad? Todo eso que se aprende antes de afeitarse por vez primera y que es tan viejo como el mundo entre hombres y mujeres.

Vale, pues la perla pescada de las aguas resultó ser una especie de walkyria de rasgos germanos, una de esas europeas rubias que nos hacen sentir a los del otro lado del Atlántico como una especie de Neandertales. No tendría más allá de los veinte años, pero un estilazo, una especie de extraña madurez o soltura o qué sé yo para andar por el mundo (y para lo que no es andar y parece de otro mundo) que la hacían deslumbrante. Una mujer como había conocido yo pocas (y ya saben que…). Bueno, pues esa mujer se empeñó a fondo en compensarme las molestias que me había causado. Después de esa semana que les digo, yo estaba dispuesto a permitirle que me causara molestias de todo tipo, si iban a ser compensadas de la misma forma.

Así que cuando esa noche dijo lo que dijo, estaba claro que tenía que pasar lo que pasó.

Estábamos acodados en un mirador sobre los acantilados a la salida del pueblecito costero donde yo tenía mi base de operaciones. Había por allí arriba una luna de las que los pintores japoneses llevan siglos empeñados en describir en las sedas esas que pintan ellos, y no se le acercan ni de lejos. La noche era, pues, como para no desmerecer, para qué decirles. Y Judy, la walkyria, hablando con

una especial suavidad, como desde el fondo del alma, soltó el hilo de sus proyectos, sus inquietudes, sus planes. Cuando una persona habla de algo que se ha hecho central en su vida, un tono especial lo subraya. Judy tenía aquella noche ese tono especial, que me hacía prestarle el doble de atención, por si la normal fuera poca.

—Mi familia ha sufrido con este asunto durante años, Indy. Mis padres murieron sin solucionarlo, y ahora me toca a mí. Tengo que saber qué pasó, ¿entiendes? Cerrar esa página de mi pasado.

Su abuelo, dijo, poco antes de la Segunda Guerra Mundial había tomado parte en una expedición científica a los Andes peruanos, buscando determinados yacimientos de minerales de uso industrial. Tungsteno, al parecer, y wolframio; podría ser también molibdeno, del que se conocen varias explotaciones por allí. Según tenía ella entendido, el auge industrial de la Alemania hitleriana había hecho que su abuelo formara parte de esa expedición que buscaba ampliar mercados. Pero al estallar la guerra, la expedición no había regresado, y se perdió el contacto. La universidad de la que dependía no había podido saber nada de los componentes del grupo, cuyo rastro se perdió en los Andes.

—Mi padre murió hace unos meses. He venido a Japón a cancelar su cuenta bancaria de aquí, bastante sustanciosa. Mi idea es cumplir el sueño de mi padre, emplear su dinero en saber qué pasó con el abuelo. Me había tomado unos días de descanso, y mi próximo destino era Perú. Pero en mis planes, de pronto, se ha cruzado un buceador…

Había dicho los Andes. Eso significaba montaña, nieves, rocas. Senderos escarpados, barrancos sobre los que vuela el cóndor. Preguntar aquí y allá a gentes de las tierras altas, asomarse a un pasado desconocido. Me encantan las preguntas, sobre todo porque hay que buscarles una respuesta. Los tambores de la aventura resonaban en mis oídos: DUMBA-DUMBA-DUMBA, y luego otra vez DUMBA-DUMBA. Cuando eso me pasa, es grave: no suele tener otra solución que moverse, agarrar el mapa y escoger destino. Y esta vez, la que hacía sonar los tambores era la chica, la walkyria, Judy, con un dominio del instrumento que para sí lo quisiera el mismísimo Gene Kupra cuando le daba a su batería.

Los Andes. Latinoamérica, además, me cae bien, y he correteado por ella menos de lo que quisiera, en esta vida de uno, siempre de

acá para allá. DUMBA-DUMBA. Los Andes. Bueno, pues ¿por qué no? Empecé de pronto a silbar *El cóndor pasa*, que desentonaba bastante en la noche japonesa, pero en fin.

Judy se apretó contra mí, como hacen los gatos. Con gestos así, las mujeres le tienen a uno en sus manos. Pero hay que ponerse duro y que no se note, qué diablos.

Calculé. Me hacían falta un par de días para vender lo que quedaba de mi equipo de buceo, dejar la casita costera y darle con ello un mal rato a la anciana señora ceremoniosa, colocar las últimas perlas… Necesitaba algún tiempo. Es lo malo de hacerse sedentario, de echar raíces: que cuesta luego arrancarlas. Pero se hace de un golpe, y ya está. Si no, no hay manera. Es lo que les pasa a los burguesazos de las grandes ciudades, que les cuesta arrancar porque llevan demasiadas cosas lastrándoles el corazón.

El abrazo de Judy cuando nos separamos, para vernos dos días después en el mismo sitio y a la misma hora, fue prometedor. Yo no estaba saltando al vacío, como de costumbre. Estaba saltando a sus brazos.

Demasiado, Indy, demasiado. Durante esos dos días de rutina burocrática, una lucecita de atención se mantuvo encendida en mi cabeza. No, no una luz roja de peligro, sólo una ámbar, de atención, de aviso.

Ya me conocen, ¿no? Puedo hacer propósitos firmes, pero soy el que soy. Pueden sonarme los tambores, y los seguiré ciegamente, pero no me libro de mi estrella. Buena o mala, es mi estrella, o llámenlo mi destino. Mi control automático es el mismo de siempre, lo llevo en la piel.

Demasiado fácil. Demasiado completo el juego. Una mujer joven y rabiosamente atractiva que cae en mis manos en una corta historia redonda. Un proyecto excitante en un país lejano. Posibilidad de enriquecerse viviendo una historia cuando menos curiosa. No había mucho más, salvo los tambores. La cosa me atraía, pero… Pero ¿qué, Indy? No, nada más que un «demasiado fácil», demasiado hollywoodiano, y no me gustan las historias tan redondas. Será que, con el tiempo, uno le ha cogido a la vida el estilo, la caligrafía, y sabe cómo las gasta.

Un par de días después, yo estaba de nuevo en el mismo lugar, contemplando el mar en la oscuridad. La luna no había salido aún,

pero había suficiente claridad. A pesar de lo cual, yo aún veía algo oscuro en toda la historia. Todo demasiado fácil.

Así que el grito de Judy no me cogió del todo por sorpresa. Era inconfundiblemente ella, y pedía socorro. En la penumbra, distinguí un coche, en el que un par de figuras confusas intentaban meter a Judy a la fuerza. Estaba en la carretera, a bastantes metros por debajo de las rocas en las que yo me encontraba.

Por supuesto, no lo pensé. Actué, de acuerdo con mi estilo. El salto con el que franqueé la distancia entre las rocas y la carretera fue de los de nivel olímpico. Como para matarme. Pero la adrenalina en las venas hace milagros, y yo no deseaba matarme, sino matar. Borrar del mapa a aquellas dos sombras.

Pero no había visto a los otros. A saber cuántos. Dos por lo menos. El que se echó sobre mí, saliendo de quién sabe dónde, y el que descargó lo que quiera que fuese sobre mi nuca. Automáticamente, largué el codo hacia donde intuí que había una mandíbula, que resultó estar más o menos por donde creía, y una patada hacia el vacío, que en efecto lo estaba. Pero las sombras fueron las que aparecieron en mi cerebro, sombras pobladas de lucecitas bailantes, y el vacío era el mar en el que yo me estaba zambullendo de golpe. Como un inmenso mar de vacío y sombras, como un abismo en el que yo caía, caía, caía…

CAPÍTULO III

Lima es una ciudad encantadora. Una ciudad de exótico sabor en cuanto paseas un poco por la parte más popular, en cuanto hurgas un rato en mercadillos, con tiendas en las que las inconfundibles señoras de sombrero hongo revuelven telas de colores chillones. La primera vez que te cruzas por la calle con uno de esos indios de rasgos de cobre, que parecen modelados a hachazos y que te miran con una majestad, cuando te miran, que parecen reyes del mundo, guerreros andinos que se han disfrazado de siglo Veinte para despistar, sabes que estás en otro mundo. Y sabes también que en este mundo te vas a sentir bien, aunque no seamos muy bienvenidos los de mi país por aquí. Entre otras cosas, porque los turistas se empeñan siempre en ser turistas y parecerlo.

Pero yo no estaba allí para turismos. Aún tenía muy fresco el porrazo en la nuca que me habían dado en Japón.

Tenía muy poco entre manos. En aquel momento, desde luego, la enésima copa de pisco, esa especie de aguardiente que se gastan por allí, una cosa con bastante cuerpo como para entonar al más pintado. Pero además, tenía otras cosas. Y deseaba encontrar algunas respuestas, para tener más aún.

Había decidido mantener los planes, y buscar en Lima algún rastro de Judy. Ella había mencionado un hotel no lejos de la Plaza de San Martín, que es más o menos el centro de la ciudad. Pero en el hotel Ayacucho no sabían nada de una Judy, único dato que yo conocía de ella, lo cual era muy lógico, porque debía ser un sobrenombre. A saber cómo se llamaría de verdad la rubia de los demonios.

Por lo demás, sólo tenía una foto, la de su abuelo que me había mostrado. Una foto a la que para entonces le había dado yo como

cien mil vueltas, intentando saber algo más, descifrar el mensaje oculto que contenía.

Porque en la foto, a un lado, desenfocada, medio borrosa, estaba ella. Sí, Judy, la walkyria que me había casi matado en el mar del Japón. Sí, junto a su abuelo, joven entonces, en una foto de antes de la Guerra Mundial, una foto con más de cincuenta años. Y aparecía sonriente, juvenil, con un aspecto no demasiado distinto del que tenía la mujer a la que yo había sacado de las aguas unas semanas antes. A pesar del maquillaje distinto de la época, del peinado y la moda tan diferentes, estaba en la foto tan atractiva como yo la había conocido en la realidad.

No había más que una explicación: un familiar, su tía, su abuela o quien fuera. Pero yo acababa de perder a una mujer con la que había compartido una historia, y aquella de la foto era tan igual, que no paraba de clavarle los ojos.

Había algo más. Judy dejó en mi casa, al desaparecer, una bolsa con ropa, algunos papeles en alemán que no me habían dado pista alguna, documentos. La cuenta bancaria de su padre, al parecer. Pero toda mi persuasión indagadora no había logrado romper el secreto profesional de los banqueros nipones: sonrisas, venga de dientes, reverencias protocolarias, pero ni un dato. Fue el toque final para que me largara de Japón: no aguanto a los ceremoniosos cuando se parapetan en las fórmulas para no soltar prenda.

Casi nada más tenía de la chica. Había dejado en casa solo muy buenos recuerdos.

Bueno, sí, y un pequeño detalle insignificante, muy femenino: una «Walther» P 38.

¿No saben? El ejército alemán consideró en su día, en plena Segunda Guerra Mundial, que la famosa «Luger» *Parabellum*, la pistola más mítica del mundo, era demasiado cara y difícil de fabricar, y creó la «Walther»
P-38
justamente. Un trasto de calibre
9 mm,
eficaz y de fabricación sencilla, que admite munición incluso algo defectuosa, a diferencia de la «Luger», y tan buena herramienta que ha sido adoptada otra vez por el ejército alemán actual, no hace muchos años. Una buena arma, desde luego.

Pero un trasto bastante curioso para encontrarlo en el equipaje de una mujer joven que ha entrado en casa de uno como hembra y no como compañero de armas, precisamente. Un objeto no demasiado tranquilizador para encontrarlo en lugar del secador del pelo, la caja de tampones o los dos mil botecitos de maquillajes varios que las mujeres llevan siempre a cuestas para inundarte con ellos el cuarto de baño. Ya hemos dicho que Judy era mujer muy especial, con un algo de enigmático. Pero una «Walther», de casi un kilo de peso, con un peine de balas de repuesto…

Y además, por el aspecto, un modelo de los primeros, años 40 todo lo más. Una pieza de colección. Pasar la frontera con ella no había sido fácil, pero uno es hombre de recursos, qué diablos. Y era parte de los enigmas que yo pretendía solucionar.

—Hola, Indy, ¿me invitas a otro pisco?

Ésa fue la frase de Judy, acercándose a mí y haciendo el mismo gesto de gatito ronroneador de siempre. Así de fácil, aparecer y ya.

Como si no hubieran pasado dos semanas, yo no me hubiera vuelto medio loco en ese tiempo pensando en ella, y no nos hubiéramos separado violentamente miles de kilómetros más allá… Allí estaba Judy, bebiéndose el aguardiente que el muchacho del bar le ponía delante.

—¿Los tipos de Japón? Pude desembarazarme de ellos muy pronto. No dieron demasiado la lata, después de todo.

Yo abría unos ojos como platos, pero ella ni caso.

—¿Es que no te alegras de verme? ¿Por qué pones esa cara?

Nunca hay que bajar la guardia ante una mujer. Duro, muy duro.

—Bueno, no, en realidad es normal. Me encanta despedirme así de las mujeres. Pero tus amigos dan unos besos de despedida un tanto extraños. Nada especial, sin duda, yo también me desembaracé del dolor de cabeza como hago con las resacas mañaneras. Pero me había parecido una manera curiosa de citamos aquí, eso es todo.

—Bueno, la vida es pura curiosidad, ¿no? ¿O querías venir a Perú como miembro de un «*tour* operator»?

Pagué mis abundantes vasos y el suyo, y salimos. Cogí su mano, y la hice que tocara un bulto muy duro bajo mi pantalón. Oh, no sean vulgares, por favor: me refiero a la «Walther»

P-38,
que llevaba oculta en la cintura.

—Me resultó especialmente curiosa una pieza de tu equipaje. La he traído conmigo, y la llevo aquí, ¿sabes?

—¡Ah, te has traído a «Walther»! Qué amable, Indy, cielo. Sin él me siento tan sola…

Así, como si hablara de un perrito faldero. En Japón yo había conocido a una mujer encantadora, pero lo que me aparecía ahora en la otra orilla del Pacífico era una hembra bastante inquietante. ¿No buscaba yo preguntas?

—Ven, por aquí. Tengo un coche esperando —dijo Judy tirando de mi brazo. Aún era gatita.

Dos calles más allá había un Range Rover gris plata, con la trasera llena de bultos voluminosos, y un portaequipajes sobre el techo en el que había de todo: «jerrycans» de los de gasolina, unas palas, dos o tres cajones de madera, una caja metálica de herramientas, gigantesca.

Del Range Rover descendió un tipo que vino hacia nosotros sonriente. Un tipo que me cayó gordo nada más verlo. Porque además lo estaba: como una bola. Medio calvo, bigotito ridículo, cierto aire de estúpido triunfador, un poco al estilo de los ejecutivos que creen tenerte en sus manos… El típico cretino al que te encuentras del otro lado de la mesa de despacho cuando vas a un banco a pedir un crédito y sabes que te lo van a denegar.

—¿*Mr*. James, supongo? Soy Kevin Hancock. Judy estaba deseando volver a verle.

A mí no me hacía gracia verle a él, pero le agradecí que, al menos, conociese mi nombre correcto, ya saben.

—He oído hablar mucho de usted, señor James —añadió.

Ahí ya me temí lo peor. Si decía algo de «mis películas», estaba dispuesto a atizarle. Alguien tenía que pagar los días que llevaba retorciéndome las neuronas. Pero no.

—Creo incluso que usted escribe libros. Es tan interesante.

¿Por qué me caía tan gordo el tipo? Estaba haciendo lo posible por agradarme. Pero ya saben cómo es mi instinto, y lo que me fío de él. Judy no colaboró a hacérmelo simpático cuando dijo:

—Kevin viene con nosotros. Tiene un espléndido material para usarlo en la búsqueda.

Eso ya me olió a cuerno quemado, claro. Bueno, o nada más que a cuerno, o en plural, como quieran. Pero tener al tipo aquél por en medio me hacía poca gracia.

—Oh, por favor, *lady*, ciclo, no seas vulgar —me dijo Judy cuando, en un aparte, le pregunté quién era aquel tipo—. Es sólo un conocido. Un individuo que tiene su propio interés en encontrar rastro de la expedición en la que desapareció mi abuelo.

Seguí sin tenerlas todas conmigo. El interés del tipo por la búsqueda no estaba muy claro, pero el que mostraba hacia la persona de Judy era bastante evidente. Juro que no soy celoso (a estas alturas…) pero empecé a preguntarme qué diablos hacía yo en aquel lío. El tal *Mr*. Hancock debía estar forrado de pasta, porque parecía el productor de la película: además del Range Rover y todo el material, pagaba el hotel de todo el mundo, las comidas… Cuando hacía falta, ponía algunos dólares sobre la mesa y las lenguas se desataban a toda velocidad. No me gusta del todo, pero qué gran llave, los dólares para abrir puertas.

En cuanto a Judy, no creo perder mi objetividad si digo que mostraba hacia el tal Kevin una atención mosqueante. En cualquier caso me fastidiaba: por un lado, si de verdad estaba interesada en él, bueno, ¿qué demonios pintaba yo en la historia? ¿Por qué me había buscado hasta encontrarme, antes de empezar la famosa búsqueda? Y si por otra parte solo le interesaba el material y el dinero del tipo en cuestión, eso podría significar que la muy bruja ofrecía sus favores sólo a los tíos que le interesaban para sus fines. O sea, que estaba utilizándonos a los dos. Una idea que me resultaba muy poco atractiva, desde luego, y especialmente deserotizante. Si algo detesto es que alguien se aproveche de mi persona.

Estuvimos unos días preguntando por Lima, pero la sensación no me abandonó. Luego, de pronto, todo pareció acelerarse. En lugar de sonar los tambores, me pareció que silbaban las balas.

CAPÍTULO IV

Un geólogo que trabajaba actualmente para una multinacional norteamericana fue la primera pista. Sí, había oído hablar de la expedición germana perdida. Sí, algo sabía, pero nos daría más datos otra persona. ¿Qué persona? Sonrisa del tío, evasiva… Dólares del Kevin sobre la mesa. Sonrisa aún. Más dólares. Más sonrisa. Bastantes dólares. Uh, sí, quizá se tratase de… a ver… tanto tiempo, tan difícil saber… Más dólares. Y cuando el montón llegó a ser considerable, entonces sí, el anciano profesor Trujillo, que vivía en la calle Arequipa. Había enseñado en la Universidad en la poca de anteguerra y conoció a los miembros de la expedición. Estaría muy contento de hablar con nosotros.

El anciano profesor resultó saber también el significado de los dólares, pero con mayor dignidad. Sí, ya sabía que íbamos a ir a visitarlo. (El tipo anterior debía de haberle dicho, por teléfono, también el motivo de la visita, pero el tal Trujillo se hacía de nuevas). La vida era muy dura para un anciano en Lima, sí. Los libros se han puesto tan caros últimamente que seguir siendo un hombre de cultura, un intelectual, exige grandes gastos, ya saben… Dólares de Hancock, mientras yo me impacientaba. Los alemanes aquellos perdidos, ah sí, tanto tiempo. Más dólares. Era tan joven entonces… Otros cuantos billetes. Quizá supiera algo, sí…

Les dije a mis compañeros que esperaría fuera. Me estaba poniendo nervioso, y me daban ganas de hacer hablar a aquel venerable anciano de otra forma. En lugar de amontonar dólares pensaba hacer un montón de carne picada con su… Bueno, dejémoslo. Digo sólo que me estaba poniendo nervioso.

En la calle me senté junto a otro anciano. Éste era un indio de esos de cobre y surcos, de los que parecen haberlo visto ya todo a lo

largo de su existencia. Tomamos el sol juntes. No imaginaba que hablase, pero habló.

—Mal asunto perder el camino.

Acababa de sentarme, pero por poco me levanto de nuevo.

—¿Cómo?

El viejo miraba al infinito, a las musarañas, a lo lejos.

—Perderse en la Cordillera. Malo —dijo, sin mirarme.

Me quedé tan helado como los mismos Andes. Los del lugar le dicen «la cordillera», como en otros sitios dicen «la sierra» o «los montes». Pero el indio, con su hablar impreciso, ¿qué demonios sabía?

—Muchos preguntan al sabio. Pero sabio no sabe. Muchos han ido a Los Diamantes. Nadie vuelve. Mal lugar, mal asunto.

Las neuronas estaban haciendo el maratón, cada una por su lado, en mi cabeza.

—¿Qué son Los Diamantes? ¿Por qué no vuelven? —empecé.

Nada parecía alterar al viejo, del que no veía más que el perfil aguileño, de una impresionante dignidad. Podía estarse riendo de mí, pero lo que decía tenía una cierta lógica.

—Mal lugar. Lugar maldito. Los pájaros no vuelan sobre Los Diamantes. El río no canta a su lado. El cóndor huye. Nadie vuelve.

Intenté preguntarle más, pero inútil. Se inclinó hacia delante, pareció que se dormía, no hubo forma de sacarle más ni zarandeándolo.

—Déjelo, *Mr*. James. Estos indios, usted sabe, se drogan a menudo con coca.

Era, claro, el imbécil del Kevin Hancock, junto a Judy. Me miraba en plan perdonavidas, desde la altura de su saber, como hombre de mucho mundo. Si antes lo encontraba estúpido, ahora pensé que su cerebro debía estar hecho de manoseados billetes de dólar. Falsos, además.

—Me ha costado una pequeña fortuna, pero tenemos datos muy interesantes. Esta gente es codiciosa, ¿no le parece? Qué país…

Me tragué las ganas de patearle el estómago, y puse mi más lograda expresión de perfecto ingenuo:

—Sí, según qué gente suele ser codiciosa. ¿Cuándo partimos hacia las montañas a las que llaman Los Diamantes, tenidas por malditas por los indígenas?

Me encanta derribar ídolos con pies de barro. Es que disfruto haciéndolo, vamos. Y si el fantasmón está intentando comerme el terreno con una mujer, más.

—¿Cómo sabe…? —Hancock tenía el aspecto di quien se ha encontrado con un agente del fisco en lugar de alguien a quien negarle el crédito.

—Sí, se rumorea que fue por allí por donde desapareció la expedición. Pero habrá que ir con cuidado, el lugar tiene todo tipo de malos augurios, Al menos, eso es lo que dicen los indígenas. Gente magnífica ésta. Aunque hablen poco.

Cogí del brazo a la sorprendida Judy, comenzando a andar. Mientras saboreaba mi victoria sobre Kevin, observé de reojo al indio. Si en aquella cara increíble podía caber tal cosa, creo que sonreía, mientras simulaba dormir aún, sentado al sol.

—Y, por cierto, la información no me costó un centavo —dije.

Horas más tarde, Kevin Hancock seguía irritado, visiblemente, pero a cambio, Judy estaba alegremente de mi parte. Casi volvía a ronronear Ahora andábamos apurados acerca de cómo llega; a los montes. Yo estaba lanzado aún.

—Hancock, intente usted saber si podemos alquilar un todo terreno, además de su Range Rover Un camión

4 × 4,

por ejemplo, o un tres ejes. Pero ya sabe cómo son las carreteras andinas. Yo tantearé otras soluciones. Judy, ¿vienes conmigo?

Kevin no quedó muy conforme, pero accedió Nos separamos en una esquina. Caminé rápida mente, muy satisfecho, con Judy muy pegada a mi brazo. Nos habíamos quitado de encima al pesado aquél por unas horas.

Y un cuerno. Habíamos andado cosa de diez pasos, cuando sonó un chillido histérico.

—¡Es Kevin! —dijo Judy.

Yo también había reconocido la garganta, pero no suelo perder el tiempo hablando. A pesar de mis profundos deseos de que el diablo se llevara al pelma aquél, un equipo es un equipo y el ere tino de Hancock estaba en el mío. Corrí hacia allá.

La bola forrada de dólares estaba en el suelo sentada y chillando.

—¡Mi portafolios! ¡Dos tipos con sombrero y gabardina! ¡Por

allí!

Corrí hacia el callejón que señalaba Kevin. Alcancé justo a asomarme a la esquina, cuando algo me hizo cambiar de idea. El par de moscardones que silbaron junto a mi cabeza, como resultado de las dos detonaciones de pistola que oí al fondo del callejón. Aproveché mi impulso para dejarme caer al suelo, del otro lado de la entrada.

Aún llevaba encima la «Walther» de Judy, mientras encontraba algo parecido para mí. La usé. Un poco a tientas, pero la usé hacia el fondo de la calleja. Hubo un estruendo de cristales, y abundantes expresiones malsonantes en español con acento local. Luego, silencio.

Y de nuevo, el chillido de Kevin Hancock. Acompañado ahora de un grito de Judy, lo que ya me preocupaba más.

No me preocupé de cubrirme al cruzar de nuevo el callejón, volviendo al lugar donde había dejado a Kevin. Parecía ser una costumbre en ella, pero un individuo con gabardina (vaya ocurrencia, en Lima) empujaba a la chica al interior de un coche. Judy largaba contundentes patadas desde el interior.

Nunca fui muy bueno en el *rugby*, pero al tipo que empujaba a Judy le largué un «placage» del más perfecto estilo Ligas Mayores. Con la pequeña circunstancia de que aún empuñaba yo la «Walther», por lo que la hice coincidir con la posición de sus zonas genitales. De culata, concretamente. El tipo largó un ¡OOUUUH! De lo más sonoro. Un instante después se retorcía en la acera.

Pero el conductor del vehículo había arrancado ya, con la puerta abierta y Judy dentro. Tuve el tiempo justo de incorporarme y saltar sobre la trasera del coche, un poco en plan jaguar. Por lo del color local, ya saben.

No recuerdo el modelo, pero desde luego era un Chevrolet. Mis compatriotas suelen fabricar coches bastante espectaculares, pero el terminado deja por lo general bastante que desear. Eso significa que, cuando el vehículo tiene cinco o seis años, como aquél, tanto el capot delantero como el trasero dejan al cerrarse unas ranuras de anchura considerable. Más que suficiente como para que unos dedos se engarfien convenientemente en ellas, que es lo que yo hice en esa ocasión. Y eso, ingeniándomelas para no soltar la «Walther».

El Chevy parecía ahora un potro salvaje que agita la cola al

viento, mientras corre por las praderas. Pero la cola era yo, intentando no salir despedido, y había además una cola lateral, la puerta abierta. El conductor zigzagueó, no por la pradera, sino por las calles limeñas, y luego una avenida no demasiado ancha en la que sembró el desconcierto. Estos extranjeros, pensarían los indígenas. Pero no, en aquel absurdo rodeo yo hubiera ganado la cinta más preciada, porque me mantuve enganchado, aunque no precisamente como jinete.

Apenas veía lo que pasaba dentro, tan sucios estaban los cristales del coche. Pero alguien luchaba con una feroz Judy, que no estaba dispuesta a vender su piel. Decidí echarle una mano, qué diablo, así que solté una maño encomendándome a todas las furias del infierno y comencé a disparar, a lo bestia, contra el capot, por donde debería estar la rueda trasera derecha. Estaba dispuesto a atravesar lo que fuese, pero cargarme el neumático.

La calidad de chapa no es precisamente una de las cualidades más notables de los magníficos productos de Detroit antes mencionados, así que los proyectiles
9 mm
de la herramienta de Judy atravesaron el metal como un cuchillo caliente la mantequilla. El FFFFSSSSSSHHH del neumático me dijo que había logrado mi objetivo, pero debía haber alcanzado también la suspensión, porque el coche empezó a hacer todo tipo de cosas raras.

De pronto, el cristal trasero pareció estallar ante mis narices, a impulso del cañón de una pistola que lo atravesó. Yo sabía lo que vendría a continuación, así que descargué el cañón de la «Walther» sobre el otro cañón que asomaba por el cristal, fuera el modelo que fuera. Pero la cosa no podría sostenerse mucho, así que grité:

—¡Judy! ¡Salta!

Fuera lo que fuese lo que pasaba dentro, el tío que luchaba con Judy debía haberse distraído conmigo, intentando enviarme al otro mundo, y Judy pudo hacerme caso. Lo hizo muy bien, con un estilo perfecto. Hubiera sido una estupenda «green beret», de haber tenido este cuerpo rama femenina: hecha un ovillo, cabeza hacia dentro, brazos encogidos, y luego piernas abiertas para detener el salto. Cuando la vi caer, la seguí yo, sin soltar la «Walther».

Esperaba una reacción hostil del Chevy, algo así como dar la

vuelta y embestimos, pero al parecer la única que sabía hacer cosas así conmigo era Judy, y ahora estaba de mi parte. El trasto, con la puerta abierta y al viento aún, se alejaba dando tumbos, ahora como un potro con una pata herida que busca a mamá yegua para que le de lametones.

Judy estaba tendida en mitad de la calle, incorporándose lentamente. Menos mal que los coches aún estaban saliendo de los portales de las casas, bajando de las farolas… Esas cosas.

—Bueno, esta vez te ha costado algo más desembarazarte de tus amigos, ¿no es eso? ¿O es que siempre tomas el taxi de esta forma? Porque deberías cambiar de compañía de transporte urbano.

Ella intentó sonreír, pero lo consiguió a medias. A pesar de todo, aún estaba asustada.

Yo seguí imitando sus palabras anteriores:

—¿Por qué pones esa cara? ¿Acaso no te alegras de verme?

Me había puesto a su lado, y la ayudaba a levantarse. Cuando lo hizo, me largó un morreo que debió hacer palidecer de envidia a media población limeña. Qué labios, dioses. La costumbre de Judy de compensarle a uno los malos ratos era lo mejor de su persona.

La pena es que tuve que interrumpirla, antes de que llegase la policía local haciendo preguntas.

Pero en el hotel, seguimos con la cosa.

Y si Kevin llegó, fue lo suficientemente diplomático como para no interrumpir. En toda la noche.

Capítulo V

Días más tarde, Kevin Hancock aún seguía irritado conmigo, aunque no lo decía para no tener que confesar que se avergonzaba de su papel en el incidente. Sólo que el muy astuto aprovechaba la circunstancia de que quien pilotaba la avioneta era yo, para fastidiarme cortejando a Judy, descaradamente.

Yo le dejaba hacer. No sólo me sabía algo más seguro después de la aventura automovilística con Judy y sus posteriores consecuencias, sino que tenía entre manos un buen aparato con qué distraerme. Exactamente un Cessna de la serie Stationairfl 6, modelo 1978. Demasiado lujoso para mí gusto, pero suave como un guante para revolotear por los montes. Muy silencioso, a pesar de tener ya unos años. Pero la aviónica de control había sido revisada recientemente y daba un mando perfecto. Me entraban ganas de bailar un vals volando entre las cimas.

Judy se había sentado a mi lado, lo que dejaba a Hancock detrás, en uno de los dos asientos de la segunda fila, desde donde acosaba a la walkyria. La tercera fila la habíamos quitado, y también la banqueta del fondo, así que había sitio para carga abundante. Pero no era precisamente por razones de peso por lo que encontraba yo al tal Kevin especialmente pesado. Hubiera volado tan a gusto sólo con Judy…

El trasto había sido modificado en Cuzco por el tipo que nos lo alquiló, que resultó ser un genio oculto. *Uno* de esos mecánicos-milagro que sólo aparecen en los sitios pequeños y abandonados, donde es necesario ingeniárselas para suplir la falta de medios. Le había dejado a la Cessna su hélice de origen, tripala, pero hurgando en el motor había conseguido ponerlo más arriba de los trescientos por hora de máxima, dejándole sin embargo el consumo en niveles

razonables. Tenía una autonomía de cerca de los dos mil kilómetros, lo que nos permitía volar durante prácticamente todo el día y volver a repostar a la caída de la tarde. Además, al haber quitado asientos, disponíamos de un depósito suplementario que aumentaba la seguridad y la autonomía.

El último truco de aquel genio sencillo había sido un sistema de aterrizaje con esquíes parcialmente retráctiles, acoplado al normal. Me había dado unos cuantos consejos, paternalmente, respecto a ello:

—Conoces la técnica suiza, ¿verdad? Se trata de aprovechar las pendientes de nieve: se aterriza cuesta arriba, se despega cuesta abajo. Así se consigue un poco de freno extra y un pequeño empujón, según sea el caso, con lo que se puede uno posar en poco espacio. Se aprende muy rápido cuando uno se juega el pellejo haciéndolo.

—¿Y en caso de no aprender lo bastante rápido? —le dije.

El tipo me dio una alegre palmada en la espalda, como a un viejo camarada:

—Bueno, yo perdería un cliente y las horas de trabajo extra que necesité para poner a punto ese cacharro. Pero no te preocupes, muchacho, el seguro me cubre los gastos, ¿sabes? —Y el tío se reía, todo jovial.

Judy se encargaba de los mapas. Yo tenía una vaga idea de por dónde anclábamos. Apenas al salir de Cuzco, ella me había dicho que siguiera el río Paucartambo, sobrevolándolo corriente arriba hacia el Norte. A mi izquierda habíamos dejado, muy lejos hacia el Oeste, el Nudo de Saícantay, de más de seis mil metros, por donde están las ruinas de Machu Picchu. Poco antes de llegar a la Cordillera de Paucartambo donde nace el río habíamos virado a estribor, hacia el Este, alejándonos de él. Yo sabía que por allí estábamos enfilando hacia la Cadena del Pantiacolla, departamento de Madre de Dios, Pero luego, Judy me había dicho al Norte de nuevo, luego al Este, nuevo viraje ahora a babor, qué sé yo.

Delante aparecía ahora una cadena nevada, con ese aspecto de cuchilla de afeitar que tienen los Andes a menudo. Yo estaba medio adormilado, por una parte, y eufórico por otra. El motor no es sólo que fuera silencioso, es que ronroneaba como un gato. Me encanta volar, es una emoción que le recomiendo a cualquiera, y el paisaje

era sencillamente maravilloso, con una grandeza que le ponía a uno, incluso a los no demasiado románticos como alguien que yo sé, la piel de gallina.

En la cadena montañosa destacaban tres picos, con la cumbre formada de aristas afiladas, casi geométricas. Los Andes son cumbres geológicamente jóvenes, pero aquellas tres cumbres parecían como recién hechas, como acabadas de salir de un taller de escultor gigante.

—Bueno, ahí están —dijo Judy mostrando los tres montes con un gesto de barbilla—. Los Diamantes, por fin. Son esas tres cimas de ahí.

En el centro de una cadena montañosa resaltaban las tres cumbres, rodeadas de otras menores. Enfilé la Cessna entre ellas. Nos deslizamos pasando entre las moles de roca. Volvimos a enderezar, girando de nuevo. Me sentía eufórico, y debía de notárseme. Kevin al menos lo notó, así que tuvo que fastidiar.

—Déjeme los mandos, por favor, *Mr*. James. Usted debe estar cansado, lleva en ese puesto desde que despegamos de Cuzco…

La corrección del tío hacía que resultara violento negarse cuando sugería algo. Y además, era Judy quien le había elegido, no yo. En caso de enfrentarme con él, probablemente sería el fin del equipo, y significaría dejarle el terreno libre por propia iniciativa mía. No estaba yo muy dispuesto a ello. Le dejé los mandos, qué remedio.

Kevin Hancock pilotó de nuevo acercándose a Los Diamantes. A una sugerencia de Judy descendió hacia la base de los picos. El paseo había terminado, se trataba ahora de trabajar. Habíamos venido a buscar una expedición perdida, y había que establecer un plan de acción.

Desde luego, la avioneta podía servirnos de poco más, aparte de ofrecernos una visión de conjunto. Para más detalles, hubiera hecho falta un helicóptero, y no había ninguno de alquiler en la zona. Así que una posibilidad era intentar aterrizar en la nieve. Maniobra para la cual quería estar yo a los mandos, desde luego, y no Kevin.

Sobrevolamos una altiplanicie, con el motor a bajo régimen para observar.

—¿No es aquello un grupo de personas? —dijo Judy.

La avioneta rebasó la planicie. Kevin comenzó a girar para

volver a dar otra pasada. No estábamos demasiado altos.

Y entonces lo vi llegar. Por cierto que su forma me recordó algo conocido.

Saliendo de quién sabe dónde, vi llegar hacia nosotros el misil. Lo vi aproximarse a velocidad no excesiva.

Y supe lo que iba a pasar.

Lo supe claramente, en uno de esos relámpagos de comprensión.

Mi piloto automático actuó, tomando el mando de mí mismo.

Casi le arranqué el brazo a Judy al saltar hacia atrás, tirando de ella, hacia la trasera del aparato. Caímos entre los equipajes, que posiblemente nos protegieron del golpe. De la explosión.

No sé qué fuerza tuvo. Pero la suficiente. Sobrada para casi desintegrar el motor de la Cessna, que estalló en mil pedazos.

Abrazado a Judy, me sentí caer en el vacío, entre los restos de la avioneta.

El impacto posterior, contra el suelo, casi me hizo perder el conocimiento. Cuando me recuperé, tenía a Judy aún a mi lado. Y todavía estábamos dentro de la Cessna, o de lo que quedaba de ella.

Ya he dicho que no estábamos muy altos. La parte delantera se había desintegrado, pobre Kevin. Pero la cola aguantó, y había caído casi completa. Los equipajes habían amortiguado el golpe. Pero lo que ahora sentía era un inmenso frío.

Con grandes dificultades, salí al exterior, tiritando. Estábamos en mitad de una ladera nevada, al pie de una gran pared de roca. La nieve no estaba demasiado dura, sin embargo. Y alrededor había trozos de avión, piezas mecánicas, uno de los asientos, equipo diverso, y una gran mancha de grasa y restos.

Bonita situación, dije. Un agradable lugar para pasar las vacaciones. Sin molestias de aglomeraciones, prisas de hora punta… Un apacible lugar donde morir de frío, muy ecológicamente.

No me gustaba la posición en que había quedado la cola del aparato, pero volví a ella e intenté reanimar a Judy. No reaccionaba. Sin embargo, no tenía lesión alguna aparente. La inspeccioné cuidadosamente. No parecía tener nada roto.

Arranqué trozos de tapicería de los lujosos asientos, aislante sintético de la cabina, encontré un grueso jersey que sobresalía de una maleta despanzurrada. Envolví a Judy con ello.

Cuando empezó a reaccionar, le di fricciones.

Abrió los ojos, y cuando volvió a ser persona, le expliqué en pocas palabras la situación.

—Ya sé que estás muy cómoda, pero hay que salir de aquí. No me gusta el lugar para un *week-end*, al fin solos tú y yo.

Forrada de todo lo que encontré, y con otro pedazo de aislante sintético yo por abrigo, salimos de los restos de la cola. Me apetecía mucho recoger cuanto pudiera encontrar entre estos restos, pero primero había que ponerse en un lugar seguro. No las tenía todas conmigo respecto a la nieve.

En lo cual, como casi siempre, resulté profeta.

El sonido que me llegó en primer lugar fue un extraño crujido bastante extenso. Seco, brusco. Una especie de gran *CRACK*.

Lo siguiente fue un BRRUUUUMBARRR.

Y la escena inmediata, como hacer «*surfing*» en la espuma de una ola hawaiana, pero más lento, más frío, más fuerte, más pesado.

En esos casos reaccionas con frialdad. En aquel momento, eso era muy propio.

Recuerdo que pensé, con curiosidad científica: Ah, caramba, así que esto es un alud. En realidad, nunca he conocido ninguno.

Francamente, podría haberme pasado sin la experiencia, tampoco hay que abusar. Pero no me era posible elegir entonces.

Cuando no tienes otra cosa que hacer, y ya saben cuál es mi afición favorita, lees lo que cae en tus manos. Una vez, pasé el rato examinando un manual de supervivencia que tenía un apartado dedicado a la nieve. Algo se me quedó de aquello. E incluso, de niño, yo había leído la historia de un tipo que fue atrapado por un alud cuando estaba cazando. Lo diré avergonzado: fue en el *Selecciones del Digest* *Reader's*. Me fue muy útil ahora.

Tenía mi brazo sobre los hombros de Judy cuando nos alcanzó la «cosa». La atraje contra mi cuerpo, envolviéndonos los dos con el trozo de aislante que había arrancado de la Cessna. Así rodamos juntos, como una botella en la cresta de la ola, dando vueltas entre la espuma.

La verdad, dos emociones fuertes en poco rato, me parecía

excesivo por parte del Destino, pero no podía escoger tampoco ahora.

Diré aquí eso que se dice siempre: me pareció una eternidad lo que la ola fría tardó en detenerse. Pero al final lo hizo. Con nosotros dentro enterrados en la nieve.

Recordé las enseñanzas del manual. «Aprovechar el momento en que la nieve aún está blanda». Abriendo poco a poco los brazos, me dediqué a crear una cámara de aire dentro del aislante que nos envolvía. Pero debíamos de tener encima una cantidad considerable de nieve, a juzgar por el peso. Conseguí hacer una cavidad nada más que mediana. No estaba muy seguro de cuánto nos duraría el aire del interior, pero de momento teníamos algo que respirar.

Bien, la cosa era muy divertida. A cientos de kilómetros de lugar habitado, sin haber comunicado nuestra posición por radio desde horas antes. (El plan de vuelo que habíamos entregado en Cuzco, al preparar el despegue, había sido muy resumido, por no armar lío con la siempre suspicaz policía peruana)… Nadie iba a buscarnos, y desde luego si alguien lo hacía no nos iba a encontrar bajo nieve. Divertido, muy divertido, desde luego. Por muy rodeados de blancura que estuviéramos, la situación era negra como boca de lobo.

Pero bueno, para algo uno es Indiana James, ¿no?

Judy, pegada a mi cuerpo, había perdido el conocimiento de nuevo. Volví a inspeccionarla. De cintura para abajo, su cuerpo estaba aprisionado en la nieve. Y por esa zona no tenía protección alguna. O sea que había que pensar en las congelaciones a no tardar mucho.

En cuanto a mí, algo semejante. Estaba bastante seguro del poder aislante de mis gruesas botas, pero las piernas serían vencidas por la fría humedad en poco tiempo. Eso sin contar con la posible falta de oxígeno.

Divertido, muy divertido, Indy, viejo. Como para morirse de risa. ¿Por qué no te ríes un poco?

No creo que afuera hubiese ni siquiera un zorro (recordé al indio: «Los pájaros no vuelan sobre Los Diamantes, el cóndor huye, nadie vuelve»). Desde luego, de haber algún ser vivo, hubiera creído estar loco oyendo la carcajada que debió de brotar del lugar donde estábamos enterrados. ¿Nunca han probado? Anima mucho, una

buena carcajada, una risa explosiva, cuando uno está en la situación más límite.

Después de lo cual, empecé a actuar. Aunque la verdad, no pude hacer mucho.

Lo primero, el oxígeno. En el bolsillo más grande de mi chaleco había un mapa, de un papel bastante resistente, plastificado. Con gran dificultad por el poco sitio de que disponía, hice un canuto con el mapa, enrollándolo sobre sí mismo. Eso me dio una especie de tubo, que empecé a hacer avanzar hacia la superficie por entre la nieve, vertical por encima de mí. Lo empujaba girándolo a la vez, como un sacacorchos o una barrena. Y procuraba apartar a un lado el polvo de nieve que caía dentro. Hay que decir que la cabeza de Judy, apoyada sobre mi tronco, no ayudaba mucho. Era un peso muerto. Y no repetiré el chiste malo del cargador de muelle, porque la situación no estaba para bromas.

A saber el tiempo que empleé. El reloj había sobrevivido a los dos accidentes, pero aun así no sé cuántos tardé en hacerlo. Afortunadamente, el mapa era largo, y aunque de vez en cuando se doblaba, el tubo formado fue suficiente. Al final, llegó. Cuando un chorro de aire frío me dio en la cara, supe que por ese lado no habría problema. Asfixiados no íbamos a morir, de momento. De otras formas, posiblemente sí.

Judy recobró el conocimiento con el aire frío. Pero volvió a perderlo enseguida. Casi mejor así, pensé. Aunque me preocupaba qué podría pasarle. Y la mejor manera de sobrevivir era mantener en funcionamiento los músculos, lo que no iba ella a lograr dormida.

Me puse a hacerlo. Moví los músculos de las piernas, uno por uno. Como una tabla de gimnasia. Además, mientras la temperatura no descendiera aún más y la nieve se consolidara, aún podía irme haciendo un poco de sitio en torno a las piernas, moviéndolas poco a poco, centímetro a centímetro.

Puse en práctica todo mi autocontrol. Tenía que aguantar, fuera como fuese. Aguantar, aguantar. El frío no iba a poderme.

Ahora se me ocurrió otra idea. Para ampliar la cavidad, podía ir raspando pequeñas cantidades de nieve, y soplándolas con fuerza por el canuto arriba. Ridículo, desde luego, y lento, pero estaba resultando. Pensé en el posible zorro de fuera: ahora se reiría una

enormidad de ver a la nieve escupiendo nieve. Pero fui ampliando la cavidad.

Intenté avanzar hacia las piernas de Judy, para sacarlas de la nieve. Probé incluso a aplastar en los lados la nieve que sacaba al cavar en torno a su cuerpo. Eso no era muy eficaz, pero qué remedio.

Judy empezaba a estar demasiado fría. Y yo cada vez más preocupado por ella. Tenía miedo de verle las primeras manchas azules. Eso hubiera sido fatal ya.

Maldita sea, qué estúpida forma de acabar tus días, Indy, viejo. No podía ser, mierda. Sencillamente, era demasiado estúpido acabar así. Sin siquiera responder a tantas preguntas.

Se me decayó el ánimo un par de veces, y reaccioné con nuevas energías. Ahora empecé a cavar hacia la superficie, empujando el canuto cartográfico hacia arriba. No podía liberar las piernas, pero sí ir cambiando de postura, cada vez más incorporado, casi sentado con la cabeza levantada. Extendía el brazo todo lo posible hacia arriba, y empujaba la nieve hacia el exterior.

Cuando me cansé, volví a dejarme caer a la posición primera, medio recostado en la nieve, entre el aislante. Me puse a hacer cálculos. Debíamos haber sido alcanzados por el misil a eso de las doce de la mañana. El reloj marcaba ahora las ocho y media, o sea que afuera debía estar anocheciendo. Piso explicaba por qué la luz que llegaba por el canuto había ido decreciendo.

Una noche allí dentro. La nieve es un magnifico aislante, de ahí que los esquimales hagan sus iglúes para protegerse, pero aun así la temperatura iba a bajar, seguro. Eso podía tostarle la vida a Judy. Tenía que reanimarla y mantenerla despierta, que moviese los músculos para mantener la circulación de la sangre. Eso si no era ya demasiado tarde, imbécil de mí, ocupado en mis trucos de boy-*scout*.

Tenía su cara cerca de la mía, así que le hice el primer gesto que se me ocurrió. Como la respiración artificial boca a boca, pero un poco distinta, éste… Bueno, eso.

Fue bastante bonito. Puse los labios al principio sobre un músculo frío, y poco a poco le fue volviendo el calor. Me pareció una eternidad (no hay nada tan frustrante como unos labios que no colaboran), pero al final respondió, tímidamente. Mientras tanto, yo

le iba haciendo caricias, digo fricciones, por todo el cuerpo, o más bien por la parte de él a la que alcanzaba.

Primero un UH, luego un MMMMMMHH, más tarde un AH, y al final Judy fue algo más que un peso. Volvió a ser una mujer, y tan fascinante como siempre, aunque no la viese yo ahora, en oscuridad total como estábamos.

—¿MMMMHHH sí? ¿Qué es?

—Cómo que qué es. Pues yo, diablos. Indy James, encanto, para servirte.

—¿Dónde…? ¿Qué es esto, Indy?

—Esto es el congelador de un bacaladero, claro. Y se trata de impedir que nos convirtamos los dos en un par de besugos para la exportación. O quizá dos fósiles de humano para felicidad de futuros antropólogos.

Estaba muy débil, y yo no tenía nada a mano para darle y que le funcionaran las tripas. Ni siquiera mi habitual petaca de *whisky*, que hubiera sido una joya. Ni un chicle, vamos. Le expliqué la situación. Con toda claridad, sin paliativos.

—No sé cómo tendrás las piernas a estas alturas. Más bien supongo que te van a doler, pero tienes que mantener los músculos en movimiento. Continuamente, ¿entiendes? Sin parar, o vas a ser el más bello cubito de hielo que hayan visto estas montañas. Y son expertas, ¿sabes? Han visto mucho hielo.

La vi, o más bien sentí, que me escuchaba, y que empezaba a hacerlo. Pero soltó un gemido.

—Me duele, Indy. ¡Me duele mucho! Toda la pierna.

—Sí, ya lo sé. Como cuchillos fríos por la pierna arriba, ¿no es eso? Pues lo lamento, pero tienes que ser masoquista por unas horas. Porque si dejas de sentir esas puñaladas, va a ser peor. No sentirás ya nada en tu vida.

Y volví a notar que se movía. Gimió aún de vez en cuando, pero lo hizo. Y siguió haciéndolo. Cuando se paró otra vez, le apliqué de nuevo la terapia aquélla, la del boca a boca. La cosa no dejaba de tener un cierto aliciente y todo. Unos labios macizos son siempre unos labios, a pesar del marco incomparable.

Apasionante, la noche. Las he pasado de todos los colores, pero aquélla fue muy especial. A quien se le diga que una de las noches más inolvidables que he pasado con una mujer fue en un

congelador gigante, no se hará a la idea de por qué lo de no olvidarse. No es que fuera una noche de pasión, precisamente, pero sí una noche en blanco. Y tan blanco.

La besé, le conté historias, le di bofetadas (moderadamente, no piensen que soy un sádico, caramba). Le repartí pellizcos y fricciones por todo el cuerpo, dispuesto a ponerle la piel morada, antes que se le pusiera azul. Le recorrí toda la piel con la mano por entre sus ropas, dándole calor. Fueron unas horas lentas, difíciles, interminables. Pero yo sabía que, aunque los ojos se me cerraran de cansancio, no podíamos dormirnos. Sería el final, y no estaba dispuesto a terminar mis días de forma tan estúpida.

Y en un momento determinado, me pareció… No, sería una imaginación mía. Pero sí, parecía que… Sí, las seis y media, posiblemente… Esperé un poco. Sí, lo que llegaba por el tubo era un resplandor tímido. Empezaba a amanecer. Le habíamos podido a la noche y al frío. Habíamos ganado la partida.

Pero con el día aún tenían que llegar nuevas sorpresas. Y no del todo agradables.

Capítulo VI

Estaba agotado, pero habíamos conseguido pasar la noche. Dejé a Judy que descansara un poco, se lo había ganado. Las piernas le seguían doliendo pero aún las sentía, dijo, así que era buena señal. Cuando se calló un rato, me incorporé otra vez, siempre con las piernas cogidas en la nieve, y seguí cavando alrededor del tubo, hacia arriba. Judy se quejaba y protestaba entre sueños cuando la nieve le iba cayendo en la cara, pero luego dormía otro rato. Yo cavaba, cavaba, empujando puñados de nieve por el tubo arriba.

Me quedaban pocas fuerzas, maldita sea. Estaba tan cansado… Pero poco a poco, la claridad era mayor. Ahora veía un trozo de cielo y todo, al final del tubo. El mapa arrollado debía sobresalir entre la nieve como una especie de periscopio ya. Pero no sabía cuánto me faltaba aún para alcanzar la superficie. Y las piernas las tenía todavía cogidas, así que la postura era cada vez más forzada, más inestable, y me cansaba más. Volví a dejarme caer tumbado, mezclado con Judy.

Y entonces oí voces. Lejanas, y con extraño acento. Pero no había duda, eran voces. Un momento, a ver… Sí, lo eran.

Quise gritar, pero no podía. Así que levanté la mano, cogí el extremo del tubo, y lo moví de abajo arriba, lo agité, lo retorcí. Hice lo posible por silbar, pero tenía los labios cortados. Pobre Judy, debía haberle hecho el efecto de que la besaba con papel de lija. Agité el tubo, hice todo el ruido que pude. Y de pronto, me fallaron las fuerzas y caí al fondo del agujero de nuevo.

Cuando me recobré, el hueco del tubo se había ensanchado, y ya no había tubo. Me deslumbró la luz de fuera. Extrañas voces se oían arriba. Me incorporé de nuevo, y unas manos me sujetaron, luego otras. Casi me arrancan los brazos al tirar hacia afuera de mi

cuerpo, pero yo había logrado hacer hueco en torno a mis piernas, y salieron bastante bien.

Creo que les dije algo de «cuidado con la mujer, está peor», pero fuego debí de perder otra vez el conocimiento, o dormir, o qué sé yo. Pero estaba fuera. Habíamos salido de la nieve.

No fue un agradable despertar, algo más tarde. Dos círculos oscuros, las bocas de dos cañones de arma de fuego, no son como para animar a nadie a la hora del desayuno. Qué falla de consideración.

Mmmmm, a ver… Sí, vaya, inconfundible. Con aquel punto de mira rodeado de un círculo metálico. Sí, eran dos MP 40, la célebre «Schmeisser». El subfusil bien conocido del ejército nazi.

Y no había duda. Me estaban apuntando a mí.

Qué curiosa forma de acoger a un medio congelado en el mundo de los vivos. ¿O pretendían descongelarme a ráfagas?

Yo estaba tendido sobre la nieve, todavía con el aislante de la Cessna que probablemente me había salvado la vida. A mi lado, Judy, inconsciente aún. Pero alrededor se movían algunas inquietantes figuras con extraños uniformes militares de camuflaje blanco para la nieve.

Y aquello que algunos de ellos llevaban en el pecho… Maldita sea, dioses, ¡si era una svástica!

Entonces recordé, y una palabra estalló en el interior de mi cabeza como un cohete de verbena, llenando el cielo.

«¡Panzerfaust!».

Ya dije que pude ver el misil que había alcanzado a la Cessna, el simpático cacharrito que nos derribó. La forma me había recordado algo. Claro. *Era* un «Panzerfaust», el sustituto alemán del «Bazooka», el cohete antitanque de usar y tirar. Una versión modernizada de aquel invento tardío que, de haber podido producirse en mayores cantidades, probablemente hubiera fastidiado bastante a mis queridos compatriotas cuando el final de la Guerra Mundial.

«Panzerfaust», un par de «Schmeisser», las svásticas… Dioses, la cosa estaba poniéndose de un color inquietante. Empezaba a comprender qué había sido de la expedición alemana desaparecida. Y lo que mi entorpecida mente iba reconstruyendo no me hacía ninguna gracia. No era nada, pero nada divertido. Ni tranquilizador.

No tenía mucho que agradecerles a aquellos tipos. Habían sido

ellos mismos los que nos derribaron, malditos fueran.

«El cóndor no vuela sobre Los Diamantes». Claro, diablo. Si yo fuera cóndor y me recibieran a «panzerfaustazos», no volvería a acercarme a los montes esos.

«Nadie vuelve», había dicho también el indio. Probablemente otros habían intentado antes que nosotros saber algo de los yacimientos de mineral que los alemanes buscaban. Pero posiblemente habían encontrado alguna que otra «Schmeisser» en su camino. Y quizá alguna que otra bala de
9 mm.
Parabellum se había convertido en molesto inquilino de su piel.

Me dieron ganas de salir corriendo, nieve abajo. Mejor terminar en un buen barranco que en manos de un montón de neonazis. Pero la verdad, no podía apenas moverme. Las piernas no parecían ser mías. Casi veinticuatro horas de sepultura en nieve no es una adecuada preparación para una buena carrera. El frío es bueno para conservar alimentos, pero no seres humanos en buena forma física.

Y luego estaba Judy. Después de lo que me había costado que siguiera con vida, no era cuestión de abandonarla ahora en manos de aquella gente. Además, todavía tenía que dejarla que me agradeciera los servicios prestados, de aquella forma tan suya, mmmmm.

Decididamente, quería seguir viviendo.

Así que sonreí a los portadores de «Schmeisser», que no me hablaban en ninguna lengua conocida por mí (probablemente alemán, pero hasta ahí no llegan mis conocimientos lingüísticos), y les hice un gesto sonriente, a ver si me tomaban por idiota. Pero no funcionó demasiado.

Bien, ahora llegaron unos tipos con camillas de campaña, y nos instalaron en ellas. Las camillas resultaron tener esquíes por debajo, lo cual fue evidente cuando dos tipos empezaron a remolcarnos por la nieve, en plan trineo. Yo me sentía material inútil de la expedición de Edmond Hillary, pero la situación era divertida. Unos perros esquimales hubieran dado el toque exótico a la cosa.

Miré a Judy. Iba en otro trineo, no muy lejos de mí. Tenía los ojos entreabiertos, y me esbozó algo parecido a un saludo. Su aspecto era, desde luego, de agotamiento extremo. Aún no podría agradecerme nada. Pero no había prisa.

La miré, mientras la arrastraban por la nieve. «Judy, con esquíes, en Los Diamantes». Aquello me recordaba algo. Empecé a silbar una cancioncilla de cuando yo era más joven, ¿cómo se llamaba? *¿O* no era Judy la de la canción?

El día era agradable, y disfruté del paseo. Hasta me dormí y todo, confortablemente en mi trineo, como un rey. Con una escolta inquietante, pero nada es perfecto, que dirían en aquella película de Billy Wilder.

Me despertó el ruido de un motor. Estábamos detenidos en mitad de una meseta rocosa, el trineo de Judy y el mío rodeados de individuos armados, vestidos de blanco. Y un motor bastante potente se acercaba.

Me incorporé a tiempo de ver aparecer por el borde de la meseta una especie de monstruo mecánico que venía… de abajo. Volando. Un helicóptero de aspecto impresionante, nada parecido a cuanto yo conocía. Y, bueno, creo haber demostrado mi preparación en lo que respecta a máquinas, ¿no?

Repasé mi fichero mental. No, los nazis no tuvieron casi helicópteros, fuera de un modelo experimental que llegó sólo a biplaza, el Flettner Kolibrí. Pero nada parecido a aquella «cosa», que yo supiera.

Una razón más para inquietarme. La historia se complicaba si mis queridos salvadores blancos demostraban semejante poder mecánico. Se complicaba bastante. Ya no se trataba de un puñado de locos.

En el interior había sitio para todo el mundo, o casi. No era una máquina improvisada, sino un señor helicóptero, de las dimensiones de un Huey Chopper tipo Vietnam. Ocho soldados entraron, además de nuestras camillas. No vi a los tripulantes, pero debían ser dos, lo que nos ponía en diez personas a bordo. Un helicóptero así es una máquina importante, y eso suponía un mantenimiento, depósitos de combustible… Más inquietante cada vez, Indy, viejo.

Ahora estábamos en vuelo, suavemente. Un motor bastante ruidoso, por cierto, y cabina poco insonorizada. Pero hay que pensar que la carga era considerable.

En un momento dado, por los murmullos de conversaciones, intuí que algo pasaba. Me apoyé sobre los codos para levantarme un poco. Y por la ventana lateral del trasto vi como la montaña se

resquebrajaba.

Literalmente: una pared cubierta de nieve se movía, mientras dos grietas a sus lados aumentaban de tamaño a toda velocidad. Las grietas se convirtieron en gigantescas, y toda la superficie entre las dos basculó por completo hacia arriba. Un par de brazos mecánicos, con palancas hidráulicas como las de una excavadora, levantaban lo que resultó ser una inmensa compuerta. Detrás de la cual aparecía una fábrica gigante. A mí me lo pareció al menos, por las dimensiones.

El resto fue como si nos hubieran soltado a bordo del *Forrestal*, el *Nimitz* o uno de esos monstruosos portaaviones que mi país pasea por el mundo. Los tipos uniformados que guían el aterrizaje. Mecánicos que corren hacia el aparato. Otro par de helicópteros a un lado, idénticos al nuestro. Una superficie acristalada tras la cual se movían individuos con auriculares y micrófonos, en plan torre de control. Unos hangares a un lado, enormes. De no ser porque no había cielo arriba, sino roca, hubiera pensado que nos habían traído a un monstruo acuático de ésos.

Monstruosidad o no, la verdad es que fuimos bien tratados. Yo había recuperado algo de mi buena forma física durante el recorrido, en parte por haber conseguido entrar en calor por fin, pero ya no tenía la menor intención de salir corriendo. Judy no estaba demasiado bien, por su parte, pero sonreía, lo que era buena señal. Me sonreía a mí cuando la miraba, pero también a alguno de los camilleros, y eso ya me gustaba menos. Al final, iba a ponerme celoso con alguien en aquella historia.

Un rápido reconocimiento médico, y me vi instalado en una habitación pequeña, con mobiliario espartano, en plan cuartelero, pero suficiente. Fue todo un detalle que a Judy la pusieran en otra cama a mi lado, no me apetecía demasiado que me separaran de ella. Así que cuando nos dejaron solos, me acerqué a ella en plan todo-en-orden:

—No te quejarás de la acogida. Creo que es el mejor hotel de por aquí.

No tuve que emplearme muy a fondo, estaba tranquila, con sólo señales de un inmenso cansancio encima.

—¿Dónde estamos, Indy? —dijo con voz débil.

—Todo hace pensar que hemos encontrado a tus compatriotas, o

a alguien relacionado con ellos. En realidad, tú deberías decírmelo. Porque hablan en tu lengua, ¿no?

Toda la respuesta que me dio fue una sonrisa enternecedora, antes de quedarse dormida como una mocosa, en mis brazos casi. Así que me volví a mi cama y la imité. Aparte soñar con preocupantes cruces gamadas, dormí bien, durante cosa de un siglo. La verdad, me lo había ganado a pulso, ¿no?

CAPÍTULO VII

Nunca se sabe con las mujeres, pero algunas se pasan de la raya como norma general. Judy era de éstas. Cuando abrí los ojos, bien dormido, descansado y con la cabeza disponible para atender a cosa distinta de la elemental supervivencia, ella no estaba en su cama. Cierto que debía estar más descansada que el robusto galán que había velado su sueño, sin pegar ojo en veinticuatro horas, para salvarla de una frialdad definitiva, pero que se marchara sin despedirse me pareció descortés. Un poco frío, vamos.

Pero, la verdad, estaba demasiado contento con eso tan maravilloso que es estar vivo. Únicamente, mientras saboreaba las ventajas del invento humano llamado cama, me dediqué a repasar los motivos que tenía para estar preocupado. Un resto de masoquismo, ya se sabe.

Pero es que el panorama no era demasiado halagador. Me había metido en un lío bastante notable, y ahora me encontraba rodeado de cientos de individuos que parecían neonazis: un tipo de ideología que no suele encontrarse dedicada a la beneficencia pública, precisamente. Esos simpáticos muchachos, aparte salvamos la vida (lo que era de agradecer), se habían mostrado en posesión de un poderío mecánico de dimensiones considerables, lo que hacía pensar que sus funciones «benéficas» tenían largo alcance. Bien, bien, todo muy sugestivo hasta el momento. Mi interés en aquello, por otra parte, era una mujer que no había dejado de sorprenderme un instante. Una chica muy atractiva que, aparte haberse mostrado capaz de agradecimiento en varias ocasiones (punto ciertamente muy muy a su favor), me había metido en líos con demasiada frecuencia, por no nombrar la amable manera con la que trabó conocimiento conmigo, casi arrollándome con su lancha.

¿Y todo esto, para qué? Había una historia de un abuelo, una foto no muy clara, unos yacimientos fantasmas de mineral extraño… Unos cuantos individuos que momentáneamente aparecían persiguiendo a Judy para volver a desaparecer al momento siguiente… Elementos dispersos de una historia sin pies ni cabeza.

Sólo había coherencia en un asunto: lo germano. El origen alemán de mi walkyria particular, pese a su sobrenombre anglosajón. La marca de su inesperada pistola. El abuelo y su expedición de germanos más o menos nazis. Las svásticas de los hombres de blanco, el armamento que utilizaban… Bueno, en realidad, vistos de cerca, acaso estos neonazis no fueran tan peligrosos. Aunque ciertamente no se trataba de unos nostálgicos inofensivos. ¿Y no era en Bolivia donde se había comprobado que se escondieron en el pasado algunos de sus correligionarios? Bolivia estaba a un paso, según los mapas…

En cualquier caso, estaba atrapado en un buen lío, sin mucha posibilidad de salir del asunto por el momento. Un lío no demasiado amenazador aún, pero en el que yo estaba lejos de estar tranquilo. Muy lejos.

Y todo por una hembra, qué diablos. ¿Dónde habría ido?

Mientras me duchaba en un baño contiguo a la habitación (una ducha tibia es oro puro en barras para un aventurero que se precie), me preguntaba cuál sería la siguiente sorpresa que iba a reservarme la bruja rubia con la que me había metido en tantos líos ya.

La verdad, no me esperaba que fuera tan sorprendente la sorpresa. Me rompió todos los esquemas.

Apareció cuando yo me vestía mi ropa habitual, que alguien había tenido la amabilidad de lavar, aunque sin plancharla, desde luego. Me estaba echando por encima el chaleco de los muchos bolsillos, cuando hizo su entrada. Iba acompañada.

Concretamente, acompañada por un montón de carne que sólo gracias a bastantes aditamentos conseguía tener apariencia humana. Una especie de vejestorio recompuesto a pedazos: un ojo de cristal, una prótesis de algo parecido a material plástico reconstruyendo la mandíbula, una mano ortopédica de dedos mecánicos… Le faltaba una pierna, y en su lugar había una que no era visible, pero cuya inmovilidad y chirridos la delataba. Para colmo, tenía algo parecido

a la traqueotomía, por lo que hablaba en una especie de susurro mal articulado, a través de una abertura en la garganta… Bastante repugnante, la verdad.

Pero Judy había entrado abrazada casi a aquella cosa, y me lo presentó como a un viejo amigo, aunque sin darle calificativo alguno.

—Éste es Cari Dietrich Hohenloffen, Indy. A él le debemos esta acogida tan hospitalaria.

Nada más que eso, la tía. Dioses, si hablaba como de un compañero de colegio.

El tipo me extendió la mano. Menos mal que la ortopédica era la otra, la izquierda. Si no, lo mismo me convierte en rodajas de fiambre la mía. Yo, la verdad, no tenía motivos para rechazarle el saludo, aunque me temo que más bien debió parecerle mi mano un poco metálica, por lo fría.

—Es un placer, señor James. Todo amigo de Judy lo es también mío. Además, creo saber que se portó como un valiente con ella, en la nieve.

A saber lo que Judy le había contado. Y si tan agradecida me estaba (y era lo menos, qué diablos), ¿qué hacía del brazo de aquella especie de monstruosidad?

—Considérese en su casa, señor James. Mis hombres tienen orden de facilitarle al máximo su estancia entre nosotros, que espero sea larga. Sólo debo rogarle que sea discreto. Aquí realizamos actividades algo particulares…

Tenía un aire más bien de picardía, como si lo que hicieran fuera imprimir revistas porno o algo así. Un poco de colegial que hace novillos. Aunque el tío podría tener los ochenta años, más bien.

Pero a continuación va y le pasa el brazo —el de metal— a Judy por los hombres, y se dirige a la puerta con ella.

Y Judy, la muy bruja, sonriente, mirándome, se larga con él.

—Y ahora nos perdonará, señor James, pero tenemos mucho que hablar, algunos entrañables recuerdos que repasar juntos.

Me dejaron que mordía, entre los dos. Judy pegándose a él en plan gatita, como había hecho varias veces conmigo. Maldita sea mi estampa, pensé, si llego a saberlo me salvo de la nieve solo. Con semejante vejestorio, además. El Kevin, al menos, sería un pelma,

pero estaba aún presentable. Esta especie de engendro de Frankenstein no. Ni mucho menos.

Me habían puesto furioso, entre los dos. Hacerme a mí esto. Venga tomarme molestias con la muy bruja de la walkyria rubia, y ahora esto. Y sin una explicación.

Hice inventario de mis pertenencias. Descubrí que no tenía ya la «Walther» de Judy. Pero con el ajetreo de los últimos días, no podía asegurar que hubiera llegado yo a aquel lugar con la pistola a la cintura. Lo mismo podía haberla perdido al caer la avioneta que en la nieve, que en… Uno lleva una vida tan movida…

Pero al revisar los bolsillos de mi chaleco, descubrí la foto del «Abuelo» de Judy. A estas alturas, aquello me sonaba ya a cuento chino. Un cuerno, su abuelo. ¿Quién sería en realidad aquel individuo? ¿Era imaginación mía, o había cierto parecido entre el tal abuelo y el Hohenloffen al que me acababan de presentar? No, qué ocurrencia, el abuelo estaba sin remendar, no como el viejo.

¿Y el misterio de la tía tan semejante a Judy? ¿Qué pintaba en aquella foto, y por qué el parecido? Maldita sea, si es que entre unas cosas y otras no sabía nada de la rubia de los demonios…

Por ejemplo, ¿qué edad tenía Judy, en realidad? No lo sabía. ¿Cuál era su verdadero nombre? No lo sabía. ¿Qué pretendía con el cuento chino de la expedición perdida? NO LO SABÍA. No sabía nada. Pero algo de base debía de haber en todo eso, porque en Lima habían sabido, más o menos, orientarnos hacia Los Diamantes. ¿Entonces?

Qué rompecabezas, dioses. Vaya lío.

Y como los *puzzles* no son mi *hobby* favorito, me eché a la calle, que está más cerca de mis aficiones. Bueno, una vez más: lo de «calle» es un decir.

Caminé por el interior de un edificio bastante espartano, como la habitación en que nos habían alojado. Los carteles, no demasiados, en letra gótica, probablemente de consignas en alemán, me daban una impresión extraña. Pero todo parecía más bien un extraño cuartel.

Me crucé con algunos individuos vestidos de un sobrio uniforme gris claro y gorra. Saludaban con una leve inclinación de cabeza, correcta pero sin más. No parecían extrañarse de mi presencia, debían haber sido advertidos.

Salí al exterior del edificio. Y me encontré en la «cubierta del portaaviones». La compuerta exterior estaba cerrada, y pude admirar desde dentro el complicado mecanismo hidráulico de apertura. Las dimensiones eran como de estadio olímpico, ¡qué tíos! Renuncié a calcular las medidas de la compuerta, pero debía ser algo así como una pared de roca entera, que por fuera estaría cubierta de nieve, supongo que artificial.

Había dos helicópteros visibles ahora en la pista de despegue, iluminada con focos. Varios mecánicos realizaban con uno de ellos faenas de conservación, conectando entre otras cosas una gruesa manguera a uno de los costados. Combustible, supuse. Eso significaba grandes depósitos subterráneos. Nada de bidones ni cosa parecida. Infraestructura de la de verdad. El otro helicóptero parecía dispuesto al despegue.

Me acerqué. Dos «embriones de ala» como los de los helicópteros de combate actuales, el «Apache» de la Hughes o el Agusta «Mangosta», sostenían misiles. Parecían, en efecto, como comprobé cuando hicimos de blanco móvil para uno de ellos, versiones modificadas del «Panzerfaust» de la Segunda Guerra. Pero lo inquietante era la burbuja con lentes ópticas que colgaba bajo el morro. Si eso era una dirección de tiro electrónica, y si la ametralladora bitubo que estaba emplazada a su lado era de la eficacia que su aspecto daba a entender, lo que tenía delante era un arma de combate muy respetable. A la altura de lo mejor del momento.

Caminando despacio, observé de reojo si alguien me vigilaba. No podía decir si desde la torre de control alguien lo hacía, pero en la «cubierta» del «portaaviones» nadie me prestaba la menor atención. Los mecánicos estaban en lo suyo, no se veía a nadie más. Así que seguí caminando hacia los hangares laterales.

En la gran puerta corredera que cerraba el acceso había una puerta de bisagras más pequeña, como suelen tenerlo estos accesos normalmente. La abrí. En la penumbra de dentro pude ver al menos cinco helicópteros más. Posiblemente habría algún otro oculto en la sombra, pero no quise encender la luz, a pesar de que estaba a mi derecha, claramente indicada. Tampoco había que agitarle el trapo rojo al toro.

O sea, que seis o siete helicópteros en un hangar, otros tantos en

el vecino, probablemente, y dos en la pista. Con esos catorce o dieciséis aparatos bien armados, y en su interior, pongamos ocho o diez hombres con equipo de combate, se tenía una tuerza de acción más que considerable. Mi inquietud iba en aumento.

Y en medio de los Andes. A un paso de Bolivia, cerca de la frontera de Brasil, a unas horas de vuelo de Colombia o Ecuador, siempre volando sobre selva amazónica y por tanto a salvo de testigos… El delicado equilibrio de fuerzas sudamericano podía recibir un buen mazazo si todo aquello se ponía en marcha.

Y al mando de quién. Procuro no meterme demasiado en política, que no es lo mío pero lo que tenía delante era como para pensarlo. ¿Neonazis sueltos por Latinoamérica? Pánico me daba de pensarlo.

Salí del hangar, y cerré cuidadosamente la puerta, con toda la naturalidad del mundo. Observé de reojo: nadie me vigilaba. Probablemente estaba exagerando las precauciones. Al fin y al cabo, ¿no era invitado personal de alguien que parecía uno de los jefazos? El vejete decrépito, ¿no me había dicho bien claro que me considerase como en mi casa?

Pero ¿qué habría querido decir con lo de «actividades algo particulares»? Me tenía intrigado.

Ahora me fui para la parte exterior de la base subterránea. Porque ya estaba claro lo que era aquello, una base oculta de neonazis con intenciones de combate, a saber en qué dirección. Me acerqué a la pared de roca, no lejos de la gran compuerta metálica. En medio de la roca había una puerta. La abrí, y di varios pasos por el corto pasillo que había al otro lado, hacia la luz que se abría al fondo. Me encontré de pronto en una especie de pequeña terraza, abierta sobre la inmensidad de los Andes.

El borde de la terraza, o más bien torrecilla de observación, era irregular, y pintado de blanco. Me asomé: el blanco se prolongaba directamente hasta la superficie exterior nevada, de manera que desde lejos se podía tomar la abertura por un hueco entre la roca y la nieve. Buen trabajo, me pareció.

Y a mi lado, cubierto por una red de camufla je, había un extraño artefacto. Entre dos paredes metálicas verticales, cuatro «Panzerfaust» apuntaban, paralelos, hacia el cielo. Bastaría quitar la red y desde algún punto de la base, posiblemente mediante una

dirección de tiro electrónica, alguien conduciría los misiles hacia el primer incauto que se aproximara.

Un incauto, o varios, a bordo de una avioneta Cessna Stationairfl 6, por ejemplo. Maldita fuera la estampa de todos los panzercosas del mundo. Qué lejos iba a estar yo de ellos si lo hubiera sabido.

«El cóndor no vuela sobre Los Diamantes». Estaba claro por qué no. «Nadie vuelve». De eso debían encargarse los helicópteros llenos de hombres armados.

Volví al interior dándole vueltas a una idea: salir de allí. Me estaba entrando una especie de claustrofobia muy especial. Quizá fuese por haberme asomado al exterior. Ya tengo dicho que soy hombre de espacios abiertos.

—Ah, está usted ahí, señor James —dijo el decrépito Frankenstein cuando aparecí por el edificio central—. ¿Me hará el favor de honramos con su presencia para la cena?

—He olvidado mi *smoking* al preparar el equipaje —respondí, no muy amable—. Pero si no se exige etiqueta, posiblemente acepte.

Esperaba encontrarme por fin con Judy. Y así fue. Pero al otro lado de la mesa. Una mesa larga y estrecha, de comedor de gran gala. En la cabecera, el vejete remendado. A un lado, Judy, y al otro, un ingenuo al que ya conocen, que se empezaba a sentir atrapado como un ratón de campo en trampa de granjero.

Alrededor, durante toda la cena, estuvieron merodeando un par de camareros estiradamente uniformados, impecables e inexpresivos. El perfecto ejemplar de autómata dispuesto a que tu vaso no esté sin líquido ni un instante, ni haya una sola migaja de pan sobre el mantel, si puede evitarse. Agobiante, les aseguro.

Todo hubiera estaba muy bien, de no ser por la familiaridad con que Judy trataba al decrépito. En cuanto a mí, no es que me ignorase, pero todavía no me había mostrado agradecimiento por haberla mantenido en el número de los vivos. Qué caramba, eso no se hace para que se lo agradezcan a uno, pero habíamos pasado del «cuerpo a cuerpo» más estrecho, aunque forzado por las circunstancias, a una lejanía excesiva. No me hacía gracia la manera de cambiarme por el primer homínido que se cruzase en nuestro camino. Y además, nazi.

Por otra parte, ¿quién diablos era para ella aquel tipo? ¿Qué

relación tenían los dos? He dicho que me gustan las preguntas, pero en aquel asunto había demasiadas sin respuesta.

O el tipo era telépata o mi mosqueo era demasiado evidente, porque lo que dijo fue:

—Bien, como verá, la búsqueda ha sido accidentada, pero finalmente encontraron ustedes lo que iban buscando.

Miré a Judy; luego, otra vez al tipo.

—O sea que ¿usted es el «abuelo» desaparecido?

El decrépito rompió a carcajadas, lo que colocaba la prótesis plástica de su mandíbula en una posición de lo más grotesco.

—¿Abuelo? Desaparecido posiblemente sí, pero no precisamente abuelo. No es ese grado de parentesco, sino otro más elemental.

No estaban dispuestos a darme más detalles, así que me quedé sin saber. Pero me fastidiaba el aire de misterio de los dos.

—En cuanto a la expedición perdida —dijo el tal Hohenloffen— supongo que se dará cuenta de que tuvo importantes frutos. De aquella tarea vino la actual realidad. Puede considerarse un éxito, ¿verdad? —dijo, señalando con un gesto cuanto nos rodeaba.

—No veo demasiado bien la relación de las dos cosas —dije.

—Pues es clara. La búsqueda tuvo éxito, en contra de cuanto se cree en el país. Mucho éxito. Encontramos una valiosa veta de mineral muy importante para el Tercer Reich. Fue un honor comprobar que nuestros hallazgos consolidaban el poderoso despegue económico del Eje. Nos las arreglamos, sin embargo, para explotar el yacimiento sin demasiada publicidad. Fue preciso hacer que no volvieran a sus viviendas cierto número de indígenas, entre otros todos los guías y porteadores indios que nos trajeron aquí. Pero el interés superior de nuestra tarea lo hacía necesario, y no podíamos dudar.

Tragué saliva. La naturalidad con que lo decía me roía las tripas. Estaba convencido, el tío.

—No fue demasiado difícil ocultarse, al fin y al cabo. Ya sabe lo solitario de este lugar. Eran otros tiempos, además, y apenas se conocían por estas tierras otros aparatos voladores que los nuestros. Cuando conseguimos que el Führer nos autorizase a emplear aquí uno de los muy preciados helicópteros entonces recién construidos, los indígenas lo tomaban por una divinidad voladora. Pero fue fundamental en el transporte del metal extraído, aunque su

capacidad era limitada.

—¿Helicóptero? ¿Se refiere a un Flettner Kolibrí? Apenas podía cargar el peso de dos personas, piloto incluido —dije.

—El otro aparato que construyó el Eje. Usted menciona el aparato destinado a observación que empleó la Kriegsmarine. No, el que se utilizó aquí fue el Kocke Achgelis FA 223, desarrollado para la gloriosa Luftwaffe. Ya sabe, según le veo de bien informado: el de los dos rotores lado a lado, con un solo motor central.

Recordé que algo había oído yo hablar de ese trasto. Una especie de avión que en lugar de alas llevaba una estructura de tubos con una hélice en cada punta.

—Fue fundamental para nuestro trabajo aquí. Aquella maravillosa máquina nos permitía poner cerca de mil trescientos kilos de mineral en el llano, al pie de las montañas, en cada viaje. De allí, era trasladado a la costa en camiones camuflados. Una maravilla de coordinación y organización, al servicio de los altos intereses de la patria.

Mi opinión de los «altos intereses» e incluso de su idea de patria no le hubiera gustado mucho, pero lo dejé hablar.

—Desgraciadamente, para cuando recibimos el helicóptero la guerra estaba muy avanzada ya, y apenas pudimos hacer nada por evitar el desastre. Se trabajó febrilmente, extrayendo grandes cantidades de mineral. Pero el tungsteno y wolframio que enviábamos a Alemania no pudo impedir que los compatriotas de usted, señor James, la ocupasen, de acuerdo con los rusos e ingleses. No, no se preocupe, no le guardo rencor. Además, ahora está de nuestro lado usted, puesto que ayudó a que ella me encontrase —dijo, señalando a Judy con un ademán.

Me estaba resultando cada vez más difícil no decirle lo cada vez más en contra suya que me estaba sintiendo.

—Cuando el desastre fue inevitable —continuó Hohenloffen—, algunos camaradas y yo nos reunimos para buscar alguna solución ante lo que se avecinaba. De la explotación de tantos años habíamos obtenido una gran caverna en la roca, ésta en la que nos encontramos. Así que decidimos convertirla en un confortable refugio en el que aguardar tiempos mejores. Ello nos permitió acoger a algunos valiosos cerebros, camaradas científicos que habían visto interrumpida su tarea por la derrota de Alemania. Aquí

encontraron un lugar en el que proseguir sus investigaciones, mientras seguíamos excavando.

»Uno de ellos, un ingeniero, diseñó y construyó la compuerta que nos protege de miradas exteriores. Otro perfeccionó los lanzacohetes antitanque, llamados “Panzerfaust”, para dotarlos de una defensa antiaérea cuya eficacia —sonrió— ustedes conocen bien, desgraciadamente. Este mismo genio de la ingeniería trabajó sobre el vetusto helicóptero que tan buenos servicios nos había prestado y lo perfeccionó hasta conseguir este otro modelo que ustedes también han tenido ocasión de probar. Sí, el que les trajo a este lugar tras ser recogidos en la montaña. Distintos elementos fueron fabricados por encargo en otros lugares, e incluso se emplearon piezas de recambio de modelos comerciales del mundo occidental.

»Bien, y por último se han hecho otro tipo de trabajos. Yo mismo he logrado proseguir, en la paz de este lugar de retiro, mis investigaciones de las que esta encantadora mujer es el mejor exponente, el más alto triunfo… y mi mayor orgullo.

Capté un brillo especial en la mirada de Judy, como un estremecimiento. Pero el tal Hohenloffen se había inclinado hacia ella en un gesto de emocionada entrega, y ella acogió ese gesto. Fuera lo que fuese el secreto entre los dos, de nuevo no parecían dispuestos a revelarlo, y yo no podía insistir.

—Pero eso es algo que no sería cortés revelarle. Será ella quien se lo cuente… supongo que en intimidad.

Una intimidad que, por el momento, Judy prefería compartir con el vejete. Éste se había inclinado sobre ella y la acariciaba suavemente, recorriendo con su mano la piel del brazo de ella. Comprendí, a pesar de mi cabreo, que estaba de más. La cena había terminado, y puse tierra por medio.

Algunas incógnitas se habían desvelado, pero otras seguían ahí. Y esa noche, mientras la cama de al lado, vacía, me hacía la puñeta, decidí que tenía que actuar y hacer algunas averiguaciones. Eso antes de largarme de aquel lugar definitivamente.

CAPÍTULO VIII

Apenas me había asomado a la cubierta de vuelo, pero no al edificio en sí donde estaban la torre de control y los alojamientos. Y decidí hacerlo. S; de verdad estaba en mi casa, a ver dónde estaban los límites.

Por otra parte, Hohenloffen hg era el único vejete allí. Me había cruzado por los pasillos con otros. En todas partes, por la manera de funcionar, se nota quién manda y quién obedece. Por el edificio andaba gente de jerarquías distintas, no había más que fijarse un poco en ellos y estaba claro. Y los vejetes eran de los que mandaban.

Yo había visto soldados. Eran inconfundibles. El aspecto característico del hombre de armas, agresivo y con aire deportista. Muy cachas, los tíos, lo que entendí bien cuando vi el gimnasio que había abajo. ¡Qué bárbaros! Parecía una cámara de tortura para doscientos prisioneros a la vez. Pero en plan moderno, y con toques que más resultaban propios de una asociación gay: pósters de atletas medio desnudos, la estatua de una especie de discóbolo griego, cosas así. Un templo dedicado a la cultura física. Me fui de allí rápidamente: para gimnasia, ya te obligan a hacer bastante en la mili.

Pero aquello no se acababa nunca. El edificio central, digo. Si subías, sobre el nivel de la pista de vuelo había cinco pisos, de manera que debías ponerte en la cima de la montaña, o casi. En cualquier caso, tocando el techo de la cavidad de roca, que tendría esa altura, más o menos. Pero es que empezabas a bajar, y no se acababa.

Había un ascensor. El nivel de la pista de vuelo estaba marcado «cero», desde luego, y había cinco números por encima. Pero es que

por debajo del cero empezaba la numeración y había siete. Y más abaje, toda una serie de rayitas horizontales color rojo, sin número, pero con botón para darle. Dioses, ¿tenía salida por los antípodas, el agujero aquel?

Como el rojo es señal de prohibido, y lo prohibido está hecho para saltarse la prohibición, que es lo divertido, escogí uno de los botones con rayita roja, y apreté. Zumbido del ascensor, corto recorrido (volví a sentirme como si hubiera ido a pedir un crédito, lo que me hizo recordar a Kevin Hancock, pobre diablo, a saber cómo se habrían puesto los cóndores con sus pedazos), y suave parada. La puerta del ascensor se abría en corredera, con gran elegancia.

… Y delante de mis narices encontré otras narices, en medio de una cara hecha como a martillazos. Más abajo de la cara había unas manos y todo, no crean. Y las manos empuñaban una «Schmeisser», perdón, me refiero a un subfusil MP 40, cuya boca se apoyó cariñosamente sobre otra boca: la boca de mi estómago. Detrás del amistoso individuo había un no menos amistoso letrero, en cálido color rojo de amistad: un rotundo VERBOTEN que no dejaba lugar a muchas dudas. Hasta ahí sí llegaba mi alemán, desde luego. Y en caso de que no hubiera sido así, la actitud del esbirro no dejaba lugar a dudas. Quería darle a entender a uno que no, vamos, que ni hablar. O sea, que tartamudeé algo acerca del cepillo de dientes que había perdido y no encontraba por ningún rincón, y volví a cerrar la puerta del ascensor.

Caramba con mi casa, pensé. Tengo criados que no había contratado. Problemas de ser rico.

Probé en otros dos pisos con raya roja. Había un defecto: no tenían elaborado el protocolo, que debía dejarse a discreción del esbirro de guardia, y unos eran más discretos que otros. Quiero decir que unos te metían la «Schmeisser» directamente en la boca del estómago y otros te la atravesaban delante de la barriga. En cualquier caso, estaba claro que querían decir «no». Muy claro. Y por detrás de esos celosos perros guardianes con svástica en el pecho no se veía más que una pared con el letrerito ya indicado. Mi casa, sin duda, tenía más secretos de lo que yo había pensado.

Pero dije que había otros tipos merodeando por la casa, o lo que aquello fuera, y varios de ellos subieron al ascensor en uno de los

niveles no marcados de rojo. Yo decidí salir cuando ellos entraron, ya que allí no había gendarme, y me encontré en una especie de sótano de gran edificio comercial, lleno de maquinaría y tuberías. Nivel de mantenimiento, estaba claro. Había algo que, claramente, era una gran calefacción, lo que evidentemente debía ser útil, dado que estábamos donde estábamos y afuera hacía la temperatura que yo había comprobado que hacía. Pero había también enormes depósitos, conectados a grandes tuberías. Fuera lo que fuere, aquél debía ser el nivel dedicado a infraestructura del complejo entero.

Lo que me extrañó fue un detalle. A ver: si yo había entrado en el ascensor teniendo a mi derecha la pista de vuelo principal, y la compuerta de acceso desde el exterior… Si había salido del ascensor en una esquina de aquel gran sótano, y si el espacio principal de las instalaciones estaba a mi derecha… Bueno, a ver: sí, estaba claro. Las conducciones principales venían de… Dioses, venían del interior de la montaña, ¿no? A ver, comprobemos: la pista de vuelo estaría en este lado, el ascensor daba la vertical del edificio, y tomándolo como eje… Claro, eso es. Los tubos salían de la montaña, qué diablo. Pero ¿de dónde venían? ¿Hasta dónde habían llegado aquella especie de topos germanos agujereando los Andes?

Un comienzo de respuesta lo tuve en el siguiente nivel. Tampoco había esbirro, pero al salir del ascensor por poco me atropella una máquina que parecía la fantasía sexual de una ninfómana. Un gran trasto amarillo con una especie de gigantesco pene en erección por delante. Un pene estriado lleno de tierra. Pensé, Indy, viejo, debes cuidar más tu vida sexual si se te ocurren esas comparaciones. Qué diría papá Freud, compatriota de estos simpáticos jóvenes.

Pero lo inquietante de la maquinita era su número: un 014 en el costado. O sea, una gran taladradora marcada con una cifra que presuponía otras trece compañeras de trabajo.

Me estaba hartando de ser buen chico. Hasta entonces me había portado como un perfecto «primero-de-la-clase», que es lo que no he sido nunca, ni en mis años mozos. Así que aproveché el hecho de que el conductor de la taladradora llevase máscara de protección y una especie de mono de trabajo, y el otro hecho de que se los hubiera quitado para entrar en una pequeña barraca de un lado (me imaginé lo que sería, por la forma y tamaño de la barraca), y me disfracé de conductor de pene perforador.

Los mandos del trasto eran sencillos, muy semejantes a los de una vulgar carretilla cargadora de puerto. Las había manejado más difíciles, a lo largo de mi vida. Así que desembragué, metí marcha, y salí andando, taladro en ristre.

Que sí, que en aquel nivel seguían perforando. Me orienté, seguí las líneas color naranja pintadas en el suelo, y estuve enseguida junto a la pared del fondo. Otras cuatro taladradoras estaban atacando la roca. Maquinitas semejantes, pero con pala cargadora, recogían el mineral y lo echaban sobre una cinta sin fin, de transporte. La cinta se descargaba en containers, junto a un montacargas. Cuando un container estaba llenó, el montacargas lo mandaba a otro nivel.

Bueno, empezaba a estar claro todo. La explotación minera seguía. Si la expedición famosa que se consideró perdida había llegado a Perú en los años treinta, llevaban cincuenta años de trabajos. Y con eficacia germana. Aún no sabía qué hacían con el mineral, pero debían de colocarlo en el mercado internacional, por el conducto que fuera. Si eso no les producía ingresos suficientes como para forrarse, es que no tenían eficacia germánica para las finanzas, lo que era dudoso. Y con eso se podían pagar… ¿qué? «Actividades algo particulares», había dicho el vejestorio. ¿Qué actividades? Tanto vejete por los pasillos y los ascensores, ¿para qué?

He dicho que me había cansado de ser buen chico. En la duda… actúa, ya saben. Así que me decidí a actuar.

Volví al lugar donde había adquirido mi medio de locomoción. Si la barraca era lo que yo pensaba, el conductor debía tener una crisis intestinal, porque aún no había salido. Mejor: sería más fácil que admitiese como hecho misterioso, pero achacable a la distracción de un compañero, el que le hubiera desaparecido la ropa, que el que su vehículo violador de rocas hubiera volado. Así que le aparqué el taxi (en batería), y me metí en el ascensor.

Así como tengo una gran opinión de la eficacia de los germanos al trabajar organizadamente, no la tengo tan buena de su capacidad de improvisación. Para eso, los latinos. Y yo debo llevar algo de sangre latina en mis venas, así que era cuestión de aprovecharla.

¿He dicho ya que no sé una palabra de alemán? Falso, sé cómo tres o cuatro: las mismas que ustedes, venga de películas y demás.

Así que eso fue lo que le solté al esbirro armado que vino a saludarme al aparecer yo en el ascensor, cuando se abrió la puerta en el nivel primero de los marcados de rojo. El pobre tipo debía esperarse otra cosa, pero no a un obrero perforador con su máscara protectora contra esquirlas de piedra, que me daba un aspecto de marciano bastante poco tranquilizador. Su cuadrada cabeza se quedó con las neuronas más revueltas aún cuando le solté, con gran seriedad y señalando con el pulgar hacia atrás:

—¡Oberkommando das Reich cartoffen Heil Hitler achtung minen kaputt auf wiedersehen. Ja!

No debió quedar muy convencido, pero abrió unos ojos incrédulos, dijo un «Bitte» y, sobre todo, se distrajo lo suficiente como para olvidarse de poner el cañón de la MP 40 en la boca de mi estómago. Pero yo sí puse toda la contundencia de un gancho de mi izquierda sobre su mentón. Y no sé si sería el factor sorpresa, pero la verdad, esperaba que encajara con más estilo. Por poco se me derrumba del primer impacto, el tipo, qué falta de profesionalidad.

Se rehízo un poco, pero no lo suficiente como para esquivar el rodillazo que le largué a la entrepierna. Sí, ya sé, poco profesional yo también, pero qué quieren, a veces uno se permite cosas.

El esbirro se dobló hacia delante con una flexibilidad pasmosa. Y entonces yo hice lo que ya han adivinado: enderezarlo de otro gancho, esta vez de la derecha, en pleno mentón. Me sentía clásico esa mañana.

Todo subrayado con una «cuchillada» del canto de mi mano, en plan karate, sobre su nuca, y esbirro al suelo. Lo aparté a un lado, y le busqué alojamiento. Un pequeño armario de material, en el que el tipo sólo entró plegándolo un poco, me solucionó el problema. Y fue muy amable al dejar en mis manos una maravillosa MP 40 y tres peines de balas
9 mm,
de repuesto. Sé que debía sentirme como en casa, pero la costumbre es la costumbre. Por si acaso, y para no traicionar la hospitalidad germana, me metí los cargadores en la cintura, por detrás, y envolví el subfusil en una bata blanca que encontré colgada de una percha.

La puerta que salía del vestíbulo del ascensor daba a un pasillo zigzagueante. Caminé por él. Me tentaban las numerosas puertas,

pero me decidí por una que tenía tres cerraduras… y todas abiertas.

No me esperaba lo que encontré. Al principio, sólo un laboratorio como otro cualquiera, pero luego, en la pared había un gráfico, como un árbol genealógico, rodeado de fotografías. Cada una de estas fotos, observada en detalle, resultó ser doble, de un individuo fotografiado de frente y de perfil. Mejor dicho, un cadáver de individuo. O de individua, porque había también mujeres. En cada una de las ramas del «árbol», junto a la que se encontraba la foto, había una marca roja, un aspa bien dibujada.

Al lado había un gran archivador, un fichero metálico muy voluminoso. Lo abrí. Un buen número de carpetas aparecían en perfecto orden, cada una con su cartoncito superior, de distintos colores, rotulado. Cogí una de las carpetas. Dentro había páginas de fórmulas, con flechas que señalaban de una a otra. Al final de la última página, el mismo signo, un aspa roja muy bien dibujada, como una «x».

Y luego venía aquello. Las fotografías. La vida de un ser humano de sexo masculino, desde la infancia hasta irse convirtiendo en quién sabe qué. Cada foto con una fecha, y una fórmula química, a veces varias fechas y una numeración romana. Las imágenes recordaban un libro de antropología, pero al revés. O sea, no esas ilustraciones que muestran al medio-mono, al primate prehistórico, evolucionando hasta convertirse en Homo Sapiens, sino el camino contrario. Un niño normal, incluso agradable, que poco a poco va creciendo hasta irse convirtiendo en animal, en una especie de mono monstruoso, peludo, encorvado, deforme.

Cerré la carpeta. Venciendo la repugnancia, regí otra del fichero de más abajo. Ahora era la historia de una hembra. Y no digo una mujer, porque no tenía apariencia de serlo. Algo había cambiado en su vientre, que aparecía abombado, hinchado monstruosamente, mientras su cara… Dioses, cerré la carpeta y el fichero de un golpe, con el estómago revuelto.

En la habitación de al lado, me esperaba algo no tan impresionante, por más normal, pero casi más siniestro en su significado. Una colección de fotografías que al principio pensé que fueran todas de la misma persona, un niño pequeño, muy parecidas. Pero luego fui fijándome. Estaban repetidas. Había fotos de tres, cuatro y hasta cinco niños, unos junto a otros, firmes y estirados…

todos iguales. Yo sabía el nombre de aquello: clonación. Experimentos de reproducción de seres humanos en serie. Ingeniería genética.

Y en otra de las habitaciones, estaban los indios.

En los Andes, la altura y falta de oxígeno ha hecho que algunos de los grupos humanos, los indios que habitan en las altiplanicies a alturas superiores a 4000 metros, desarrollen características muy especiales. Los pulmones y el tórax se les ensanchan, tienen un pecho más abombado que la gente de la llanura. No es sólo que las manos se les adapten al frío y la piel se convierta en una especie de cuero bien curtido, es que los pies se les ensanchan también e incluso se insensibilizan, lo que les permite andar descalzos por la nieve. Son cosas que hace la naturaleza para responder a un medio ambiente que no es muy favorable.

Pero lo que tenía delante de mí en aquella habitación no era nada de eso. Algunos de ellos, de los humanos disecados que estaban en las vitrinas acristaladas, unos de pie y en repisas horizontales otros, conservaban rasgos de indio andino. Esos rasgos que precisamente yo había señalado por las calles de Lima, porque me resultan impresionantes, de una dignidad muy extraña, muy especial. Pero sólo algunos de ellos conservaban esa apariencia humana.

Los demás no. Los demás tenían rasgos modificados como por un escultor borracho. Como por un maquillador de los de Hollywood, contratado para una película de George Lucas, una cosa de las galaxias. Alguien había manejado la genética de aquellos seres humanos dándoles características de animal. Uno de ellos tenía los pies convertidos en verdaderas pezuñas que recordaban los cascos de un caballo. Otro, grandes manos más parecidas a garras de oso. Otro tenía aspecto de enano, especialmente robusto, como un chimpancé de espaldas más anchas de lo normal. Los ojos del individuo parecían pedir piedad desde su inmovilidad de pieza de colección. El ejemplar de al lado… Dioses, me dieron arcadas, salí de allí antes de vomitar, y caminé por el pasillo como un robot, con el cerebro lleno de niebla.

Afortunadamente, la última sala, al doblar un recodo del pasillo, era mucho más agradable. Parecía la habitación privada del director de *Playboy* o de *Penthouse*. Estaba llena de fotografías de

maravillosas mujeres jóvenes, rubias, de impresionante anatomía, desnudas y con ligera sonrisa de superioridad. Todo respiraba limpieza, salud, vitalidad. Una gran fotografía, de cuerpo entero y a tamaño natural, mostraba a una impresionante mujer de unos veinte años, alta, esbelta, escultural, rubísima, cuyas medidas anatómicas estaban anotadas cuidadosamente sobre la misma foto, con rótulos perfectos. Muy germano todo, en su perfección.

Di un paso atrás para contemplar la figura. Era un placer para la vista, sobre todo después de lo anterior.

La chica de la foto, de pronto, me hizo acordarme de Judy, con la que tenía cierto parecido.

Y de pronto, solté un taco.

No, no podía ser. No. Imposible. No.

Judy. Judy, la walkyria. Tan rubia, tan perfecta. Judy.

La foto de cincuenta años atrás. Dioses, la foto del «abuelo».

No. Imposible. No.

Sin embargo, era todo muy lógico. Especialmente coherente. Encajaba todo demasiado bien.

Retrocedí hacia la puerta, mirando fijamente a la fotografía de la espléndida rubia, recordando la foto en la que aparecía una mujer de los años treinta, tan parecida a mi compañera de noches y aventuras, a la jovencita que yo había tenido en mis brazos durante veinticuatro interminables horas en la nieve. No podía admitir el resultado que mi razón me daba, al asociar cosas.

Y entonces, a mi espalda, la puerta se abrió, sonó un FSSSS, olí a algo muy extraño, y todo se borró de pronto de mis ojos.

CAPÍTULO IX

Yo no quise, fueron ellos.

El grosero no fui yo, yo era un paquete.

Los que metieron la pata fueron el par de esbirros que me transportaban, o sea que no había por qué cabrearse conmigo, que era la víctima.

El eficaz gas del *spray* que me echaron encima me había dejado consciente, pero incapaz de decirles a mis músculos que hicieran el más mínimo gesto. No pude resistirme en absoluto cuando los dos esbirros, uniformados como el de la puerta al que yo había derribado, me cogieron como un muñeco, casi en vilo, y me transportaron. Me era imposible hablar siquiera. Demasiado hacía con respirar, que me costaba un trabajo inmenso. O pestañear, que era una prueba.

Así que cuando me metieron a empujones, en volandas, dentro del despacho de Hohenloffen, yo no era responsable de mis actos. O sea, que soy inocente de la grosería.

Porque los dos guardias, preocupados por hacerme entrar por la puerta del despacho, supongo que algo cansados porque peso lo mío, no debían haber llamado antes de entrar, en su celo por entregarme al jefe en plan chivato: ahí queda eso. Y el jefe, el Hohenloffen, estaba ocupado. Muy ocupado. Sudando la gota gorda de tan ocupado.

Y ocupado con Judy. Dándose los dos un revolcón de los de aúpa sobre la mesa de despacho.

Cómo podía la walkyria rubia tener aquella capacidad de masoquismo, es un misterio para mí. Sólo era evidente que lo estaba haciendo. Y yo, abandonado sobre un sillón cuando los esbirros salieron excusándose, no podía hacer otra cosa que mirar

estúpidamente cómo se recomponían la ropa, los dos. El Hohenloffen había insultado brutalmente a los esbirros, en «deutschlandés» por supuesto, que a saber lo que les diría, y los había puesto en la calle. Y Judy, ahora, intentaba tímidamente taparse un poco y abotonarse la blusa, mientras evitaba mirarme.

Pero el Hohenloffen no. El miserable del viejo había sacado a relucir un ramalazo exhibicionista y, cuando los guardianes salieron, se dedicó a seguir con lo que estaba. Es decir, a meterle mano a Judy, a fondo, mientras me miraba a mí de vez en cuando. El tío debía de estar disfrutando con la situación, el muy…

Y yo inmóvil. Ordenando a mi cuerpo que se moviera, y mis músculos, los dioses los confundan, sin obedecer. Aunque juraría que una parte de mi cuerpo sí reaccionaba, automáticamente Uno nunca puede fiarse de nadie.

El caso es que me vi obligado a presenciar un rato de *show*. Por cierto, de muy mal gusto. De haberlo intentado poner en un *cabaret* de Hamburgo, se hubieran arruinado. Judy era una buena estrella para el espectáculo, pero el vejete recompuesto parecía más una piltrafa con añadidos mecánicos que un humano, lo he dicho ya.

En cuanto a Judy, bueno, supongo que eran imaginaciones mías, pero juraría que se dejaba hacer sin mucho entusiasmo. Eso diría algo, en el fondo, a favor de su buen gusto. Pero vaya usted a saber.

Yo me concentré en vencer los efectos del *spray*, que no debía ser muy duradero. En efecto, al final conseguí ponerme de pie, con un gran esfuerzo.

El viejo estaba haciendo un esfuerzo mucho mayor en dirección muy distinta, para poner de pie otra cosa, así que me ignoró. Y si algo dijo, yo, ni caso.

¿Saben cómo se siente uno cuando la película le ha cabreado una enormidad, y por toda protesta no hace otra cosa que levantarse, marcar tacones por el pasillo entre las filas de butacas, y salir? Pues algo así hice yo como única protesta ante aquel *show* indignante. La química que me habían metido en los pulmones no me permitió otra cosa. Y ni siquiera pude marcar tacones, bastante fue el que consiguiera mover mis piernas hacia la puerta.

Tardé un siglo en conseguir llegar a una habitación cercana, la primera que encontré. Me dejé caer en un acogedor sofá, muy providencial. Y descansé lo que pude, hasta borrar los efectos de la

droga.

Mientras tanto, mi cerebro compensaba la inmovilidad corporal con hiperactividad mental. Parecía una hormigonera.

El aguante de uno tiene un límite.

La base oculta. Venga de nazis armados. Miles de metralletas (perdón, subfusiles), encañonándome. Svásticas. «Panzerfaust». Helicópteros armados.

Los indios en conserva. Las salvajadas genéticas, y las que habría que yo no había visto. Aquellos pobres niños. Los humanos convertidos en monstruos. Aquellos pies-pezuña. Los críos reproducidos como a multicopista. ¿Habrían producido una camada de soldados, serían clones los silenciosos y eficaces esbirros uniformados, los camareros robotizados que nos habían servido la mesa? Maldita sea, por todos los dioses, ¿me había metido en una pesadilla de dimensiones «*king* size», sin filtro?

Las fotos. Los gráficos. Aquellas aspas finales, donde el experimento había tocado fondo, kaputt, se acabó. ¿Cuántos humanos la habrían cascado a manos de aquellos eficaces «científicos»?

Yo sentía que me iban volviendo las fuerzas, poco a poco. Y que la sangre se me iba encendiendo a velocidad mucho mayor.

«El interés de la patria», había dicho Hohenloffen. Siempre hay un interés «superior» al que sacrificarse, que mira por dónde coincide con los intereses propios. Siempre hay un dios absurdo que exige sacrificios humanos.

Las fotos. Aquellas fotos.

Los indios disecados. ¿Cuántos habrían sido? Algunos, quizá miles, simplemente habrían sido tirados a la basura, o incinerados en un horno crematorio, con el mismo gesto con que se tira a la papelera el folio desechado cuando se comete un error.

«Nadie vuelve de Los Diamantes», había dicho el indio, en Lima.

Mi fuerza, dónde está mi fuerza. Esa sangre mía, a ver, ¿recupera o no su velocidad?

Judy. El cuerpo maravilloso de Judy, en manos de aquella basura. Y encima un nazi. El cuerpo que había sido mío, al que yo había conservado con calor a base de besos, desperdiciado en semejantes brazos. En los brazos de un asesino, porque estaba claro quién era uno de los ingenieros genéticos que actuaban allí. ¿No

había dicho el muy cerdo «yo mismo pude proseguir experimentos»? Capaz era de tenerlo como *hobby*, el monstruo de él. No pensaba pararme a preguntárselo.

Las fotos de la sala de anatomía femenina. El perfecto modelo de mujer aria, rubia como una diosa, de medidas calculadas, fijas. Un arquetipo de belleza. ¿Pensarían reproducirlas también por clonación? Qué negocio para la trata de blancas.

Judy. Maldita sea, Judy. Qué bien me había engañado. Lo que quería ella era encontrar al vejestorio. ¿Una aberrante historia de amor? Eso no encajaba mucho. Más bien la posibilidad era otra… Pero eso no podía admitirlo.

Me puse en pie. Todo volvía a funcionar. Pegué un par de puñetazos al aire. Largué una patada a lo artes marciales, bien alta. Yo era otra vez yo. Todo podía empezar.

Salí al pasillo. Ahora sí marcaba tacones, y el ruido de mis pasos animaba mi propia sangre en las venas. Sitio, que voy, me dije. Un par de individuos se me apartaron del camino, mientras avanzaba hacia el ascensor.

Llevaba puesto aún el mono de trabajo del obrero de la perforadora, que no me habían quitado los que me adormecieron, aunque sí la máscara. Así que desentoné muy poco cuando aparecí en la planta donde estaban las carretillas-pene. Me dirigí a la primera que me salió al paso, y le hice al conductor un gesto imperioso.

Cuando el tipo embragó, detuvo la máquina a mi lado y se inclinó para escucharme, lo cogí por las solapas, y lo hice bajar, demasiado rápido para su débil estructura ósea. Ocupe su lugar a los mandos de la máquina, y arremetí.

Arremetí contra todo lo que encontré al paso. Dos o tres perforadoras o cargadoras, un buen montón de mineral, algunos bidones. Varios tipos con ropa de faena intentaron detenerme, pero huyeron cuando les embestí. Yo buscaba algo, sin embargo, y lo encontré en un extremo de la nave rocosa. Un gran depósito de combustible. La perforadora le hizo un boquete de considerable tamaño, por el que salió, al retirarme, un chorro impresionante de combustible.

Esperé que no fuera gasoil, que no arde tanto. No olía a eso. Me alejé un poco del charco que se iba formando, extendiéndose por el

suelo, Al crecer, el combustible se me acercaba. Salté al suelo, busqué en los bolsillos del conductor al que había derribado. Sí, era fumador. Su mechero quedó encendido en el pavimento, esperando la mancha de combustible que se acercaba lentamente.

Me orienté en la inmensidad de la planta. Descubrí al fin el montacargas que trasladaba los containers de mineral. Enfilé con la perforadora hacia allá. Estaba vacía la plataforma, así que aparqué convenientemente en ella la máquina. Debía haber sido diseñado el montacargas para cumplir también con esa función y trasladar de planta las maquinitas. Allá fui yo con la mía, manejando el elevador desde un rincón de la plataforma. Antes de salir de ese nivel, me llegó el fogonazo. El combustible había encontrado la llama del encendedor. Todo empezaba allí también, ahora.

No me detuve en el nivel superior. Seguí el recorrido del montacargas, a través de los niveles, hasta el dedicado a infraestructura. Allí me estaban esperando ya, muy astutos. Me recibieron con una lluvia de balas. Creo que
9 mm
Parabellum, pero no me hagan asegurárselo.

Ya conocen la vieja y típica escena en que el indio se echa a un lado del caballo para eludir los disparos del vaquero, ¿verdad? Algo así hice yo con la perforadora, agachándome entre los mandos para evitar la lluvia de balas. Mi destino era uno muy concreto, y lo alcancé. Como un tanque, sin ocuparme de si atrapaba debajo a alguno de los soldados o no, ni si éstos eran fruto de clonación o paridos por una madre verdadera, me fui derecho, perforadora por delante, hacia el gigantesco sistema de calefacción.

El horno calefactor sirvió de llama esta vez. El combustible que esperaba tumo para ser quemado se saltó la cola como una comadre en un supermercado cualquiera. La que se organizó, al paso de mi maquinita, fue bastante notable. Pero yo seguí avanzando con ella, mientras silbaban las balas.

Sí, era el grupo electrógeno aquella otra gran instalación de un poco más allá. Sí, debía ser el generador eléctrico de gran parte de la base. En efecto, cuando mi máquina lo embistió, la oscuridad más completa se hizo. Quiero decir, en lo tocante a iluminación artificial. A no ser que consideren que el combustible de calefacción, ardiendo y haciendo estallar bidones de productos

químicos, era cosa de la naturaleza. Algo así parecía, desde luego. Algo semejante a un volcán en erupción.

Clones o no, los soldados habían decidido que su pellejo, fuera del origen genético que fuese, valía la pena de ser conservado, y huían para salvarlo. Los montacargas no funcionaban, como tampoco el ascensor para humanos, así que tuve que seguir el río de fugitivos, como uno más en la penumbra, a la luz sólo del infierno llameante, para encontrar una escalera de emergencia, Pero por ella, entre soldados ennegrecidos, gané el nivel de la pista de vuelo, a base de codazos y empujones salvajes.

Alguien había conseguido abrir la gran compuerta, quizás antes de que el sistema eléctrico se bloqueara, posiblemente con un sistema mecánico y manual para accionar el mecanismo hidráulico. El caso es que estaba abierta, y varios helicópteros se preparaban para evacuar al personal, mientras un par de pequeños tractores de los de aeropuerto arrastraban a otros aparatos voladores hacia la pista. Pero yo aún tenía algo que hacer.

Me hice con una «Schmeisser» abandonada, y me interné en el edificio. Tardé un poco en encontrar el despacho de Hohenloffen, pero al final supe cuál era. Pegué una patada a la puerta, dispuesto a regar de plomo a los ocupantes, supuesto que no hubieran huido. Pero lo que encontré fue bastante distinto.

Antes apenas me había fijado en un decorativo sable prusiano que había estado colgado en la pared, sobre una elegante panoplia de madera. El sable ya no estaba allí. Ahora estaba colocado, de forma nada elegante, en mitad de la barriga de Hohenloffen, metido hasta bastante cerca de la empuñadura. Y en el cuello del individuo había una huella bastante definida del camino seguido por el mismo sable: a través de la tráquea, del esófago y casi de la columna vertebral también (debía estar bastante afilado). O sea, que la cabeza, casi separada del cuerpo, estaba en una posición que, de no haberle durado tan poco la vida, le hubiera permitido al vejete contemplar una parte de su propia espalda que de suyo permanece toda la vida oculta a los ojos de uno. Judy, como congelada, miraba la escena con las manos y las ropas aún manchadas de sangre.

Tardé un poco en reaccionar, mientras mi cerebro se entretenía en hacer grotescas asociaciones de resonancias bíblicas entre el nombre de Judy y su actuación magistral en el último acto de la

tragedia. Con razón le había asignado yo el papel de estrella del espectáculo. Judy, y Hohenloffen wagneriana, resultaba ahora la cosa. Pero no pensaba quedarme a que cayera el telón. Por segunda vez en nuestra agitada vida juntos, casi le arranqué el brazo a la rubia y la arrastré fuera de aquel antro.

La «Schmeisser» me fue muy útil ahora, pero como maza. Lástima que la culata fuera aquélla tan famosa, plegable, pero aun así servía para golpear. Me fue necesario para llegar a uno de los helicópteros. Pero no pude hacer más. Los cinco aparatos que estaban en la pista parecían esas orugas, o insectos parecidos, que han caído en manos de un montón de hormigas, que las devoran poco a poco. Tal cantidad de pasajeros potenciales se habían apuntado a cada uno de los artefactos voladores, que ninguno de ellos podía remontar el vuelo. El habitual sentido de la organización alemán brillaba por su ausencia ahora.

Cambié de opinión, entre otras cosas, porque del hueco del montacargas destinado a sacar a la pista el mineral salía una humareda cada vez más densa y amenazadora. Y también porque Judy había quedado atrás, y nunca alcanzaría a subir a un helicóptero por la fuerza, teniendo por rivales a aquellos salvajes enloquecidos. Volví a cogerla del brazo, y corrimos hacia uno de los hangares.

En la puerta del primero de ellos, un helicóptero había quedado inmovilizado allí donde la horda de viajeros le alcanzó, antes de llegar a la pista de despegue. Al fondo, un piloto desesperado, con su aparato preparado para rodar hacia la pista, veía con horror cómo el otro vehículo obstaculizaba su salida. Así que esperaba, con el motor ya en marcha, sin poder hacer nada.

Yo sí lo hice. Arrastré a Judy hacia esa máquina, y la hice subir, casi la lancé, al interior del compartimento de carga. La seguí de un salto, y pasé a la cabina de mando por el acceso interno. La «Schmeisser» volvió a servirme de maza: con una mano arranqué al piloto los auriculares que llevaba puestos, y con la otra le asesté un buen golpe con el subfusil, en la nuca, justo por debajo del casco. Por la ventanilla, me desembaracé de aquel peso molesto.

Sentándome, observé los mandos, con detenimiento. Eran sencillos, de diseño algo exótico, pero básicamente los mismos que los de cualquier otro aparato de este tipo. No muy diferentes de los

de un Bell UH ID, por ejemplo, como el que me tocó pilotar en Vietnam, Así que pude sentirme a mis anchas en un minuto, tras toquetear aquí y allá.

Otra cosa eran los mandos electrónicos de la dirección de tiro, claramente posteriores, añadidos mucho después de diseñado el aparato. Pero, precisamente, éstos eran de tipo occidental por completo, probablemente copiados de sistemas norteamericanos o franceses, por ejemplo. Sólo que estaban situados del lado del copiloto, y se alcanzaban difícilmente desde el que yo ocupaba.

Aun así, no me costó mucho encontrar el mando de la ametralladora eléctrica bitubo. Y una vez puesto en marcha, salvo el ruido, el artefacto aquel era como una regadera. No había que apuntarlo apenas.

Las hormigas que asediaban al aparato que nos obstruía el paso se apartaron muy de acuerdo con el símil: más parecía que yo fuera un jardinero con la manguera exterminando plagas. Huyeron conforme les acercaba el chorro de plomo. Eso dejó libre el helicóptero, así que no hubo apenas victimas cuando encontré el mando de los «Panzerfaust», accioné el botón número 1B, y del costado de estribor salió un misil que destrozó el cacharro en cuestión de segundos. Quedaron, sin embargo, demasiados escombros, así que tuve que barrerlos con otro pepinazo, esta vez el primero del costado de babor, el marcado 1A.

Ahora la salida del hangar estaba libre, aparte del montón de hierros retorcidos y humeantes que eran el resto del helicóptero. No podíamos rodar por la pista, pero no fue obstáculo: aceleré, accioné el mando adecuado para desabanderar las palas del rotor, regulé adecuadamente la función del rotor secundario, incliné el árbol y el artefacto se elevó, cosa de un par de metros, sobre el suelo. Altura más que suficiente para franquear la entrada por encima de los escombros, y sin dejarnos las palas contra la parte superior del portón. Un instante después revoloteábamos sobre la pista de vuelo, ganando altura en dirección a la compuerta principal.

No sé cómo debió ser la evacuación de los últimos edificios en Vietnam, cuando los de mi país nos fuimos de allí. Sólo he visto fotos. Pero algo parecido fue el espectáculo que nosotros dejamos atrás al salir al exterior. Dramático, desde luego. Por los huecos procedentes de los niveles inferiores de la base salían densas

columnas de humo y llamaradas ocasionales. Los helicópteros de la pista seguían sin poder despegar. Alguien disparaba en uno de ellos, probablemente contra sus propios compañeros, que eran el obstáculo principal para la huida de los que estaban a bordo. Alguien hizo fuego también contra nosotros, pero no pudo impedir que saliéramos. Judy vino a sentarse a mi lado. Todo quedaba atrás, y su cara reflejaba bien la complejidad de sentimientos que le tenían cogida el alma.

Pero cuando abandonamos el espacio al interior de la compuerta y el aparato se elevó ahora sobre sólo montañas, nieve y rocas, me salió de lo más hondo un monumental suspiro de alivio. La pesadilla había quedado atrás, por fin.

Y me convencí especialmente cuando atrás sonó una inmensa explosión, cuya onda expansiva me hizo necesario aplicarme a conciencia a los controles de vuelo del helicóptero. Cuando miré hacia donde estaba la base, sólo alcancé a ver la gran compuerta cerrándose. Cayó majestuosamente, como la tapa de uno de esos cubos de basura automáticos, como un gran cenicero de mesa de despacho, ahogando la humareda del interior. Los Diamantes volvían a ser una amplia zona nevada, una bella montaña con tres afiladas cimas, guardando para siempre su secreto. Todo, por fin, había terminado.

CAPÍTULO X

Eso creía yo, al menos.

Del avispero humeante había escapado un avispón, y lo vi sólo cuando lo teníamos encima, siguiendo el vuelo del helicóptero que nos alejaba a Judy y a mí de aquel infierno. Debió salir antes que nosotros de la base, pensé, mientras actuaba.

Yo seguía lanzado, en la misma tónica de actividad que me había llevado a organizar todo aquel jaleo en pocos minutos. Así que esto era sólo un obstáculo más. No me paré a pensarlo dos veces: piqué hacia el valle, bajando casi en barrena.

Cuando eché un rápido vistazo por el retrovisor superior de periscopio, el helicóptero rival seguía pegado a mi cola. Una posición especialmente peligrosa para el combate aéreo. Esperaba oír ladrar la ametralladora en cualquier momento, o recibir un «Panzerfaust» en pleno fuselaje. No había tiempo que perder.

Me fui hacia una de las paredes rocosas del valle. En el último instante, cambié la trayectoria, saltando por encima de la arista de roca y descendiendo de nuevo por el otro lado, como caballo en carrera de vallas. El otro, desgraciadamente, hizo lo mismo.

Rodeé un promontorio de roca, zigzagueé por los desfiladeros. Imposible quitármelo de encima.

—Por todos los dioses, Judy: intenta manejar la ametralladora. Te será fácil con la dirección de tiro electrónica. Sólo tienes que mantener centrado ese trasto en la pantalla, y disparar. El resto irá solo. Pero, por favor, quitémonos de encima a ese moscón.

No tenía gran confianza en lo que ella pudiera lograr así, pero Judy no dejaba de sorprenderme jamás. Apenas tuve la proa de nuestro aparato enfilada hacia el contrario, ella empezó a regarlo de plomo. Se le daba bien. Así que, mientras lo hacía, me incliné hacia

su puesto y fui yo quien accionó el segundo misil de babor, el 2A. Salió como una flecha hacia el nazi de los demonios.

Fue solo entonces cuando me di cuenta del error. Me quedé helado al comprobarlo.

Hasta entonces no había mirado al helicóptero rival directamente, demasiado ocupado en huir de él. Fue solo un par de segundos antes de que el demasiado lento «Panzerfaust» (al fin y al cabo un invento casero) le alcanzara, cuando leí en su costado «Policía», junto al escudo peruano, con sus banderas de fondo, la llama, el cuerno de la abundancia… El misil le alcanzó por detrás, en la panza, bajo el motor.

Se vino abajo como una piedra. Pero el conductor no debía ser ningún novato, porque consiguió planear bastante suficientemente. Se vino a estrellar no demasiado violentamente, en el fondo del valle. Varios tripulantes saltaron.

Yo estaba avergonzado, horrorizado… Me fui detrás, ingenuamente, a comprobar que salían vivos del asunto. Y por poco no salimos nosotros.

Porque los policías debieron pensar, y con motivo, que el enemigo venía a rematarlos, y uno de ellos abrió fuego con un subfusil. Yo me había acercado demasiado, así que se lo puse fácil. Alcanzó el motor con un repiqueteo de balas que no presagiaba nada bueno, y se cargó todos los cristales de ese lado. Íbamos tocados.

Hice lo que pude: acelerar, alejarme, mantener la estabilidad del cacharro… Pensé en un aterrizaje forzoso, pero en ese momento el rotor trasero se detuve, y empezamos a girar sobre el eje central, dando vueltas como un carrusel de feria. Imposible hacer nada con aquello.

No tenía muchas ganas de nieve, pero era el mal menor. Abajo había una buena mancha, y esperé que fuese blanda. Le grité a Judy un «¡Salta como puedas!», y lo hice casi a la vez que ella.

Afortunadamente, lo era. La nieve estaba medio derretida, ya que la temperatura en el fondo del valle no era la de las cumbres, precisamente. Caí en blando, aunque me torcí a medías el tobillo. Nada grave, por fortuna.

El helicóptero se estrelló algo más allá. Y Judy cayó demasiado cerca de la máquina humeante.

Me acerqué a ella, y corrimos alejándonos, tropezando en la nieve a cada paso, resbalándonos.

Y de pronto, una inmensa explosión, y fue el fin del helicóptero. Con lo valioso que hubiera sido para los coleccionistas de máquinas raras.

La explosión nos lanzó, a Judy y a mí, contra la nieve. Juntos. Así que, cuando me encontré su cuerpo pegado al mío, pensé que era el momento de dejarla que me agradeciera los servicios prestados, y tomé la iniciativa. Como el «boca a boca» de la otra vez que estuvimos juntos en la nieve, pero a fondo. Total, había que olvidar…

No colaboró mucho, así que lo dejamos. Ella se incorporó primero. Y la vi que había encontrado algo que creí haber perdido yo.

Me refiero a la «Walther» P38. La tenía en la mano. Y me apuntaba con ella.

—Esto se acabó, Indy. Créeme que lo siento, pero se acabó.

Lo decía con una pena que parecía honda. Siempre es un detalle de agradecer: si van a matarte, que sea con buenos sentimientos.

—Has hecho mucho por mí, Indiana James. Pero quiero saber que no dejo nada suelto detrás de mí, que conmigo acaba toda esta pesadilla.

Parecía bastante decidida a hacerlo, su mirada era honda, y la mano que sostenía la pistola no temblaba lo más mínimo. Pero no me apetecía nada morirme sin la adecuada información, así que probé a preguntar:

—Dime una sola cosa, antes. Sabes que odio no tener respuestas, y esta pregunta es ya vieja: ¿qué edad tienes? Si no es indiscreción para una dama, claro.

Sonrió con tristeza, pero no bajó la «Walther». Ella estaba de pie, encañonándome, y yo la veía especialmente bella recortada contra las cumbres andinas. Dijo:

—Sabía que terminarías por preguntarlo, pero sabes ya lo principal. Sí, soy parte del trabajo profesional de Cari Dietrich Hohenloffen. Ya te lo dijo él, soy su éxito más logrado. Pero es insoportable serlo.

»Yo tenía veinte años en 1931, cuando le conocí. Él no había sufrido aún el horrible accidente que lo desfiguró. Éramos jóvenes,

el Partido llenaba nuestras vidas, nuestros proyectos… Nos enamoramos. Todo era tan dorado entonces, el mundo estaba tan en nuestras manos…

»El era unos años mayor que yo, y un gran investigador, colaborador de un científico especialmente preparado. Su trabajo era apasionante, y encajaba plenamente en nuestros sueños. Soñaba, como toda la gente del Partido Nazi, en mejorar la raza, la Gran Raza Aria. Era un idealista, y estaba enamorado. Me propuso como arquetipo de la Mujer Ideal, la Madre Perfecta que debía crear hijos perfectos para el Reich. Inspiré las medidas anatómicas, los rasgos, del modelo de mujer que pretendían crear. Y todo era entonces creíble, el Führer avalaba nuestra fe…

»Fui yo quien se ofreció a él como cobaya, venciendo sus dudas por el peligro que había. El y su jefe me sometieron a tratamiento, un suero muy especial, operaciones en mi médula ósea, alteraciones en laboratorio del contenido genético de mis células sanguíneas. Por desgracia, su jefe fue acusado de traición, por un confuso asunto, y fusilado. Eso fue el fin de sus trabajos, y de muchos de sus ideales.

»Conseguí que no se quedara en Alemania, donde podía correr peligro. Se enroló, por sugerencia mía, en la expedición que vino aquí, a los Andes, aprovechando sus conocimientos, muy medianos, de geología. Pero cuando logró salir de Alemania, yo no pude seguirle. La guerra me atrapó allí, y ya no hubo manera de saber nada de su paradero. Hasta ahora…

»Su jefe se llevó a la tumba sus conocimientos, y Cari no pudo seguir las investigaciones. Otros siguieron algo parecido, y los reunió aquí para intentarlo de nuevo, pero en vano. Sin embargo, el experimento había dado resultado conmigo… como ves.

La escuchaba y aún no podía creerlo. Pero era ya tan evidente que no mentía…

—He seguido teniendo unos veinte años físicos desde entonces. Hace de eso cincuenta y tantos años. Y no es agradable, te lo aseguro. No es agradable pensar que seguiré así siempre.

—¿Siempre? —pregunté, con sentimientos encontrados. En el fondo, creo que la entendía y todo.

—Siempre. Desde 1932 hasta ahora, mis células se han ido regenerando por sí mismas. Siempre el mismo aspecto juvenil. Aunque la mente vaya adquiriendo experiencia, y cansancio, y la

huella de lo vivido vaya pesando cada vez más, ahondando más, doliendo más.

»No sabes lo que es eso, Indy, no puedes saberlo. Ir viendo envejecer a tus amantes, a tus amigos, todo tu mundo, mientras tú quedas. Aparte de lo que fue asistir a la derrota de nuestras ideas, del Tercer Reich, de nuestros sueños de la Gran Alemania. Hace poco, fue ya la gota que colmó el vaso. Viví una historia de amor con un hombre muy joven y atractivo que me recordaba a Cari Dietrich, al amor de mi juventud. Resultó ser uno de sus hijos, fruto de un amor anterior a mi aparición. El muchacho se quitó la vida al enterarse de quién era yo. Edípico, ¿no te parece? Fue entonces cuando decidí que era preciso acabar con esta historia. Pensé en un buen suicidio, y punto final.

»Pero justo entonces supe, por algunas cartas que mi amante había dejado atrás, que Cari Dietrich podía estar vivo. Que tenía una cuenta bancada en Japón, supongo que por algo relacionado con esta explotación minera de aquí. Estuve en Japón haciendo averiguaciones, y fue cuando tú te cruzaste en mi camino.

»Ahora lo sabes todo, Indy. Pero no puedo dejar que mi secreto sea conocido, es preciso que muera conmigo. Eres un gran muchacho, has hecho cosas magníficas por mí. Perdóname si no me queda capacidad de amor ya, ni de compasión. Sí te agradezco que borraras tú el rastro de Cari Dietrich, de su obra y la de sus amigos. Tenía que ser yo quien acabara con él, pero me faltaba valor para hacer lo mismo con su pequeño imperio. Has sido tú quien lo ha hecho.

»Sólo queda el final. Ya conoces a mi “Walther”. Le quedan varias balas. Para ti bastará con una, pero quiero estar segura. Para mí, bastará con un disparo, sin duda. El final, por fin».

Bueno, pensé, morir con todo en orden, y mirando un cuerpo como el de Judy, al menos tenía cierto aliciente. Estaba a punto de solicitarle la última voluntad de quien va a ser ajusticiado, y que hacía referencia a su cuerpo y al mío, cuando apareció en escena otro de los hilos sueltos de la historia. Para que nada quedara oscuro.

Concretamente, quien apareció fue Kevin Hancock.

O más bien, la bala que él disparó. Una bala que vino a alcanzar a Judy en pleno pecho, haciendo que se desplomara sobre mí. Me

encontré con ella en mis brazos por última vez, pero, maldita sea, de una forma espantosamente distinta.

Ni siquiera me la quitó de encima el muy bestia. Con razón me había caído mal desde el principio. Y encima le acompañaban otros dos tipos. Con gabardina y sombrero. Dos tipos que me recordaron, lógicamente, a pesar de no haberles visto con claridad nunca, a los que me separaron de Judy en Japón, primero, y nos dieron la lata en Lima, después, cuando el rodeo automovilístico por las calles.

—Muy hábil como piloto de combate usted, señor James. Pero ¿por qué no se toma la molestia de identificar los blancos antes?

Mi capacidad de respuesta tiene un límite. Y tenía en los brazos un peso que me impedía hacerlo pedazos como desearía. Un peso muerto, por desgracia. Judy tenía una sonrisa triste, pero estaba muerta, quizá antes de caer sobre mí ya lo estaba. Hancock, el muy bestia, parecía saber disparar.

—Nos ha estorbado bastante. James —dijo—. Nos ha estorbado hasta el final. Menos mal que acabó con ese nido de ratas. Pero nos ha impedido saber cuánto deseábamos saber sobre ello. Es usted molesto, francamente. Y no nos gustan las molestias.

—¿Nos? ¿Se ha vuelto Papa, para hablar en plural?

—Nosotros, los del Mossad. Servicio secreto israelí, ya sabe. Esa mujer a la que usted abrazanos hubiera sido muy útil sin la presencia de usted. Estaba incluso dispuesta a colaborar para obtener nuestra ayuda, parece. Usted lo impidió. Molesta usted, James. Molesta demasiado.

—¿De verdad? Pues no sabe cuánto lo siento.

—Pero va a ser molestado, a su vez. Le dejamos. Verá: al final, con diversos engaños, habíamos conseguido que la policía peruana colaborase poniendo a nuestra disposición un helicóptero y algunos hombres. Usted ha derribado el primero y causado la muerte de los segundos. Incluso de uno de mis agentes. No creo que estén contentos con ello.

»Pero habíamos comunicado nuestra posición por radio. Saben dónde estamos. No tardarán en aparecer, y los restos de estas máquinas les guiarán hasta aquí. En ese momento, usted será muy sospechoso vestido como está, ensangrentado como está, con sólo una historia absurda por contar, historia que nadie creerá. Creo que van a molestarle bastante a usted. Y no lo lamentaré lo más

mínimo.

»Por lo demás, mi Range Rover no está lejos. Lo conduce uno de mis agentes, con el que estamos en contacto mediante un útil *walkie-talkie*. Esteremos lejos cuando ellos lleguen. Y fuera del país antes de que quieran saber más de nosotros.

»Bien, eso es todo. Esto ha sido un largo trabajo. James. Un trabajo molesto. Ha evitado que la justicia de mi país castigue como se merecen a unos cuantos de los que exterminaron a miles de compatriotas míos. No se cruce en nuestro camino en el futuro, Indiana James: no olvidamos fácilmente a los que nos estorban.

Y se fue, dejándome como estaba, y con algunas preguntas que hacerle.

Cómo pesa un cuerpo muerto. Aunque haya sido tan bello. Aunque hubiera yo deseado tanto estar en una posición semejante junto a él. Aunque haya sido atractivo y joven tanto tiempo. Tanto tiempo.

Maldita sea mi estampa.

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del
TBO,
se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

Listado de la colección:

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraída de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/